

CUENTO MACHO

CUENTO MACHO

ANTOLOGÍA DE RELATO

CASI GUATEMALTECO

CASI CONTEMPORÁNEO

Edición al cuidado de Julio Serrano

w w w . l i b r o s m i n i m o s . o r g



❖ V ❖ G ❖ X ❖

Y bien, la antología que tiene usted en su pantalla, no pretende otra cosa que generar el efecto que representa esa luz proyectada sobre su rostro, un reflejo iluminado (en el sentido óptico) de palabras. Este ejercicio pues, no es sino un pequeño acelerador de signos en el que decidimos estrellar una palabra contra diferentes fibras sensibles, de ese estallido surge *Cuento macho*, una antología de visiones entorno al eco de una palabra. Cuando escribimos a nuestros autores solo se dio una directriz

“es una revisión del término, una antología de visiones sobre “a lo que suena” la palabra, a lo que te lleve”

Así cada quien escogió si escribía un texto nuevo o si en su obra aparecía de inmediato algún cuento que fuera para el autor el eco de “macho”, pues ese sería el indicado. De tal manera que el criterio es bastante amplio, tan amplio como el autor mismo quisiera. Sin embargo de este cruce surgen importantes aportes tanto para la reflexión del signo en cuestión, como para esa

mesa de encuentro que también es la literatura, un espacio donde jugar naipes cortesía de una nueva Matrix, esperamos que vengan reflexiones y lecturas críticas de este material.

En fin, los textos aparecen en el aleatorio orden con que fueron guardados en mi computadora, así que no se busque ningún algoritmo en particular, que no sea la esperanza de que usted encuentre en este libro varias palabras que le hablen también de usted.

Con bigote y barba, claro está,

el editor

ÍNDICE

- Mujer/ Denise Phe-Funchal 7
- Mucho macho/ Eduardo Halfon 11
- Si yo tuviera un corazón/ Lorena Flores 19
- Al mismo tiempo/ Michelle Juárez 30
- De cómo entre dos sinónimos.../ Julio Calvo 38
- Un gato en mi jardín/ Vanessa Núñez Handal 41
- Boys don't cry/ Javier Payeras 51
- Adiós inmaculada/ Francisco Alejandro Méndez 55
- Ceniciento/ Alejandro Marré 62
- Voltron, Ben Hur y Mr Miyagui son el mismo/
Julio Serrano 72
- Buscando macho/ Brenda Marcos 81
- El Gran Jaguar/ Alan Mills 86
- El carro/ Carol Zardetto 98
- Testosterónicos/Luis Alejos 108
- Chichibé/Claudia Navas 113
- Marín/ Pablo Bromo 117
- Es el quiebre/ Arnoldo Gálvez Suárez 120
- El macho era bien macho/ Juan Carlos Lemus 126

Mujer



Denise Phe-Funchal



Me encanta usar mi instrumento con vos, mujer. Amo cuando se abre paso por tu carne y me permite internarme en tus cálidos líquidos.

Recuerdo haber nacido, recuerdo el rostro arrugado de la comadrona, recuerdo los sonidos de mi madre al exilarme de su cuerpo. Recuerdo los pechos con sabor a leña que me alimentaron.

Amo tus pechos mujer, ver cómo el sudor de tu cuello recorre los pezones que se endurecen a su contacto. Amo tus gemidos.

Mamá trabajaba en la caseta. Parada todo el día, sirviendo a los hombres que llegaban, le daban unos pesos y le pedían que los alimentara. Mamá se metía en la caseta y me dejaba sentado en las piernas de otra.

Tus piernas mujer, se mueven bajo mi cuerpo, me repelen y me jalan, intentan escapar. Amo el juego de tu cuerpo.

Mamá decía que no llorara, que ella debía trabajar, que de lo contrario no llegaríamos a ninguna parte. Pero

nunca nos movimos. Recuerdo el sabor a leña, el mismo que disfrutaban los hombres que llegaban a la caseta. Los hombres que empujaban niños dentro de mamá.

Tu cuerpo, mujer, inmóvil sobre la grama. Un respiro cansado escapa de tu pecho tras los sueños violentos. Cerrarás los ojos, querrás dormir y yo no quiero. Quiero seguir hablando.

Recuerdo la rostro de la comadrona que con placer expulsaba niños del vientre de mamá. Me dejaba verlos, tocarlos, mamá decía que si ellos vivían nunca podría dejar de alimentar hombres por alimentarlos a ellos, como me alimentaba a mí.

Mamá nunca me hablaba. Casi no recuerdo su voz ni sus palabras. Mamá gritaba. Todo el tiempo gritaba. Incluso antes de morir no dejó de decirme malagradecido, andate, déjame sola.

Vos con tu latido débil, parece que querrés lo mismo. Igual que ella querrés que me aleje, que me vaya. Mujer. Mujer tenías que ser.

Hijo de puta me dijiste. Hijo de puta una y otra vez. Tuve que pegarte para que te callaras, igual que a ella. Ponerte la mano sobre la boca, para que no me la recordaras más. Hijo de puta.

Mamá me dijo, el día que la maté igual que a vos, que ni hijo de puta merecía ser llamado.

Te voy a contar otras cosas de mamá, mujer, tal vez así entendés y un poquito llegás a quererme.

Mucho macho



Eduardo Halfon



Franz Muller estaba sudando en un comedor ubicado justo en las orillas del río La Pasión. Quería viajar en lancha desde Sayaxché a las ruinas mayas de Aguateca, atravesando una parte del río y luego casi la extensión completa de la laguna Petexbatún, pero todos los lancheros del pueblo aún estaban almorzando. Franz debía esperar.

Ya se había tomado dos vasos de cerveza demasiado tibia y quizás cuarteada con un poco de agua, cuando la misma señorita descalza y muy morena le colocó enfrente otro vaso de cerveza y un platillo con lo que parecían ser bolitas de carne. Franz le sonrió, recordando que sus amigos austriacos le habían advertido que nunca comiera la carne, que tuviese cuidado con el dengue y la malaria, que el calor de Petén era como estar permanentemente de pie ante las brasas de una caldera. Desabrochó su camisa y, limpiándose la frente con un pañuelo empapado, se imaginó pudorosamente su rostro de langosta hervida.

En la mesa más esquinada, un anciano había terminado ya con su almuerzo de mojarras sudadas y arroz hervido y le daba sorbitos continuos a un pote de café. Tenía la piel curtida, la mirada opaca y ausente. A la par de la silla, había colocado su machete envainado. En otra mesa, tres jóvenes con sombreros de palma estaban compartiendo un litro de cerveza Cabro. Susurraban, como con pena. Franz creyó entenderles discutir algo sobre el ganado o quizás sobre el narcotráfico que de allí se dirigía por el río La Pasión hacia la frontera mexicana, pero su español era aún muy rudimentario y no podría asegurarlo. Tomó un trago de cerveza. Volvió la mirada hacia fuera, a través de la ventana de cedazo, y se sintió placenteramente encandilado por el brillo del sol en las aguas sosegadas del río. No soplaba brisa alguna.

—Oiga, señor, ¿usté no quiere comer algo? —le dijo de pronto la señorita descalza, parada a su lado. A Franz le pareció que jamás había visto pies tan sucios, ni ojos tan negros-. Hay tepezcuintle de hembra, chicharrones, huevitos a la ranchera, tortillas con queso y loroco.

—No, no —sonriéndole mientras levantaba el vaso mitad lleno de cerveza.

—¿Le traigo otra?

—No, no.

Y ella, al ver que entraba al comedor un hombre alto y macizo, rápidamente se escabulló.

El hombre pareció taconear dos veces el suelo de madera con sus botas de cuero azabache, como notificándoles a todos de su llegada, y caminó hacia la última mesa disponible. Uno de los jóvenes lo saludó sin levantarse, y el hombre le respondió con un movimiento ligero de la barbilla. Colocó su sombrero de mimbre y un largo revólver negro sobre la mesa y, aun antes de haberse sentado, la señorita ya le traía una bandeja con un blanco a la plancha, un octavito de ron Quetzalteca y un pequeño vaso. En silencio, el hombre empezó a salpicar jugo de limón sobre todo el pescado.

Observándolo con modestia, Franz se preguntó dónde comerían todas las mujeres de Sayaxché. A pesar del bochorno, encendió un cigarrillo. Tomó su mochila color púrpura del suelo y sacó un gastado mapa del territorio guatemalteco. Mientras se terminaba su cerveza, verificó una vez más la ubicación de las ruinas, como si estas se hubiesen podido desplazar mágicamente en las últimas horas. Dobló el mapa y lo dejó

sobre la mesa. Luego, con cautela, cogió su cámara del interior de la mochila: una vieja Contax con lente Zeiss que había sido de su abuelo materno, ingeniero ferroviario de Salzburgo que, hasta su muerte, mantuvo impecables todas sus insignias del Tercer Reich. El humo subiéndole por el rostro sudado, Franz insertó en la cámara un nuevo rollo de película en blanco y negro.

Pensó en tomarle una foto al anciano, a los tres jóvenes discutiendo, al hombre de botas azabache mientras, con dedos mofletudos y grasientos, espulgaba las espinas del blanco. Volvió la cámara hacia fuera, pero el cedazo lo oscurecía todo.

Franz se puso de pie. Machacó su cigarrillo en el cenicero. Limpiándose la frente con el mismo pañuelo humedecido, se colgó la mochila de un hombro. Llegó la señorita a cobrarle los tres vasos de cerveza. Franz le entregó unos cuantos billetes y, mientras ella perezosamente los contaba, aprovechó para tomar una foto rápida de sus pies sucios. Ambos sonrieron.

Cámara en mano, y con la camisa aún medio abierta, Franz avanzó por la ladera arenosa del río. Era época seca. Tomó una foto del niño que quiso venderle pulseritas de plata y anillos de jade falso. Tomó una foto

del tipo que pescaba con una larga caña de bambú. Tomó una foto del grupo de muchachos descamisados que estaban subiendo sacos de frijol a una larguísima lancha de madera roja y amarilla y cubierta con techo de guano. Tomó una foto de la señora gorda que pasó sosteniendo una gallina viva en cada mano. Tomó una foto de otra señora que, en tacones altos y traje típico, llevaba puesta una playera de colores neón con el dibujo sombreado del rostro de Jerry García, en greñas y feliz. Se colgó la cámara del cuello y encendió un cigarrillo, pensando en el imperialismo accidental de la música psicodélica.

Justo a un costado del río, se detuvo un hombre bigotudo, muy moreno y muy chaparro, acompañado por una niña de tal vez seis o siete años. Padre e hija, supuso Franz. Él iba en jeans y sombrero de palma seca y botas de cuero y tenía una gran pistola visiblemente enfundada en el costado del pantalón. Ella, con moñitas celestes estrelladas por toda la cabellera negra, llevaba puesto un floreado vestido blanco. Como si viniera de hacer su primera comunión, pensó Franz. La niña se adelantó unos pasos, dejando al hombre de perfil, con la mitad de la pistola saliéndole del pantalón, perfe-

ctamente enmarcado frente al brutal paisaje petenero.
Y Franz tomó la foto.

—¡Bueno, gringo, qué hacés!

Franz tardó algunos instantes en comprender que, en este caso, el gringo era él.

—¡Qué mierdas hacés! —volvió a gritar el hombre, la frente fruncida, caminando despacio hacia Franz.

—Una foto —logró balbucear, alzando la vieja cámara que ya temblaba un poco en sus manos.

La niña había corrido de vuelta hacia el hombre y, con un frágil bracito color aceituna, estaba abrazándole fuertemente la pierna derecha.

—Sólo una foto —volvió a decir Franz.

—¿Y para qué querés mi foto, gringo de mierda?

Franz midió bien sus palabras:

—Me gusta su pistola.

—¿Esta? —sacándosela.

—Sí.

El hombre sostenía la pistola en el aire, su índice siempre sobre el gatillo, y la contemplaba como por primera vez.

—Mucho macho.

—Oíste, hija. Dice el gringo que mucho macho.

—Mucho macho —repitió Franz.

La niña soltó una risita.

—¿Puedo? —preguntó Franz mostrándole la cámara.

—¿Qué, otra foto?

Franz se hizo dos pasos hacia atrás y, acuclillándose, levantó la cámara hacia su rostro enrojecido. A través del lente, notó que la niña, aún aferrada con ímpetu a la pierna derecha de su padre, sonreía emocionada. Luego, enfocando mejor la imagen, observó al hombre que también sonreía emocionado, algunos dientes de oro resplandeciendo en el salvaje sol del mediodía, mientras acariciaba la cabeza de la niña con una mano y, con la otra, le apuntaba a él la inmensa pistola negra. Encañonándolo. De pronto, con un sordo jalón del martillo, el hombre dejó de sonreír. Franz percibió una gota de sudor que se deslizaba lánguidamente por su espalda.

Si yo tuviera un corazón



Lorena Flores



Querido yo vivo de los hombres, pero no quiero vivir de ti. No quiero QUE me regales nada. ¿Entiendes? Eso le dijo María a Agustín en su segunda cita. No le hizo ninguna gracia no ser el único, ni la descarnada forma de decírselo sin embargo la siguió frecuentando y a pesar de todo se enamoró de ella.

Nunca se cansó de verla detenidamente con sus pequeños ojos y recodar la noche que la conoció. Fue en una fiesta de la Asociación de Compositores, esa noche como en muchas otras bebió hasta perder la conciencia. Se quedó tumbado sobre la mesa en medio de la música y las risas sin importarle nada. Se despertó al sentir en su oído una suave corriente de viento, algo muy parecido a un susurro. Al abrir los ojos, frente a él estaba una bella mujer que le sonreía. Sin presentarse - le dijo- Necesito cuarenta o cincuenta pesos, eso bastará para el taxi. Sin pensarlo le extendió la billetera y aún medio adormitado la vio marcharse. Al poco rato volvió, se sentó a su lado y le —dijo— el taxi vendrá en

un rato por ti. No te olvides de decirle dónde vives, no quisiera leer en los diarios que te has perdido.

Ven, siéntate, espéralo conmigo —le pidió Agustín—. No puedo —contestó— he venido con alguien y pronto nos marcharemos pero, si quieres podemos vernos otro día, el martes en la Blanquita a las seis —agregó—. Sin esperar respuesta se levantó. Él se quedó contemplándola, hasta que desapareció tras una puerta.

El martes, estaba puntual aguardándola en la barra muy cerca de la puerta. Encendió un cigarrillo, y la vio entrar entre bocanadas de humo. El reloj marcaba las cuatro y cuarto el tango negro sonaba en el fondo (*En un café de céntrica avenida bailaba el tango suspirando amor, era de negro como ella se vestía y resaltaba más su perdición*). Ella vestía completamente negro y tenía la cabeza cubierta con una mantilla.

Sonrió al verlo y se dirigió hacia él con decisión. Al llegar a la mesa le tendió la mano, él la tomó entre las suyas y la besó. De inmediato se percató de su perfección, ella o intuyó y volvió a sonreír.

Agustín la ayudó a sentarse. Ella se disculpó por el retraso, venía de misa. Ante los ojos incrédulos de su

acompañante —dijo— de cuando en cuando me vuelvo devota. Quisiera serlo más seguido pero para eso se necesita tiempo y no lo tengo. Sin embargo, hay unos santos con San Judas o San Antonio que no descuido, siempre que necesito algo me atienden.

El mesero tomó la orden y ella con gran familiaridad tomó un cigarrillo de la cigarrera Agustín. Él se inclinó a encenderlo y ella rozó con descuido su mano. Dejándose caer sobre el respaldo suspiró dejando salir por su boca una densa columna de humo, luego lo vio fijamente y le preguntó —querido dónde has estado todo este tiempo.

Desde ese día Agustín sólo podía pensar en ella, quería dárselo todo, estaba dispuesto a complacerla en lo quisiera. Sin embargo, por tal de no perturbarla se negaba a decir que esperaba algo a cambio e ingenuamente se negaba a creer que estaba enamorado. María se lo había advertido en muchas ocasiones y ella siempre hablaba en serio. —*No te enamores de mí y si lo haces no me digas que me amas, sólo hazlo*— Agustín aceptó sus reglas pensando que tarde o temprano ella cambiaría. Pero no fue así.

Le dolía cuando le decía —*Yo te gusto por que he roto tu soledad. Te rescaté de ella y a cambio quiero todo de ti, absolutamente todo.* Él trataba de interrumpirla pero ella no se lo permitía —*No me detengas, déjame hablar. Tu agradecimiento se convertirá en amor, no tienes opción. Hacerme amar es mi profesión. Yo en cambio no me enamoro. Pero, querido, jamás dudes que te quiero. Comprende ambos nos necesitamos, tú lo haces ahora y yo lo haré algún día.*

No me digas esas cosas María —le pedía Agustín. Consciente de su angustia, trataba de calmarlo diciéndole *no hagas caso querido.* Aunque horas o días después volviera a sacudirlo con sentencias como *Llegará el día que a pesar tuyo desearás complacerme, aunque quieras no podrás rehusarte.* Tímido y desconcertado, Agustín le respondía. —seguramente lo haré —mientras sus pequeños ojos llorosos la veían con gran admiración. ¡Qué hermosa es! Pensaba con un dejo de tristeza y resignación.

Lo único que aceptó de él fue que rentara un pequeño piso en el centro. Allí se veían a gusto pero sin compromiso. Algunas noches se quedaban a dormir y a la mañana siguiente María lo afeitaba. Mientras lo hacía le decía *no te muevas no quiero lastimarte.* Aquellas palabras

provocaban en él un profundo miedo, su respiración se entrecortaba; ella le pedía que cerrara los ojos, al hacerlo imaginaba un profundo corte en su garganta y temblaba. Ella se estremecía extasiada por su temblor.

Al despedirse, María siempre - le decía-, colocando su hermosa mano fría en el corazón, querido mi misión es enseñarte a vivir. Después se marchaba sonriendo. Agustín se quedaba pensando en ella como un espejo donde se reflejaba cada uno de sus deseos. Lastimosamente para él, en María se reflejaban los deseos de muchos.

Pronto aprendió que con ella los celos no valían de nada. No atendía a reclamos más si a ruegos. Bastaba con que él le pidiera quedarse para hacerlo, sino podía por compromisos previos buscaba la forma de compensarlo. Una vez lo hizo regalándole una gata. *Te traje esta belleza para que no te sientas solo cuando yo no estoy contigo —le dijo—. Llámala Querida y cada vez que ronronee piensa en mí.*

Muchas noches, junto a su gata, cantó y tocó Agustín su *Noche de ronda*, esperando ansioso el regreso de María. *Dime si esta noche tú te vas de ronda como ella se fue,*

¿Con quién está?, Dile que la quiero, dile que me muero de tanto esperar, que vuelva ya. Querida subía a su regazo y ronroneaba junto a su pecho.

Agustín dejó de ser visto en fiestas y tertulias. Raras veces se reunía con sus amigos. Ellos sospechaban que su ausencia se debía a una mujer como en tantas otras ocasiones. Él se rehusaba a hablar de ella, no quería enterarse que alguno de ellos la conocía y sabía de sus encantos. Después de muchas negativas a asistir a galas y eventos aceptó ir a la fiesta de disfraces de Federico del Valle. Esa misma noche invitó a María. Ella con sutileza le respondió - tendrías que habérmelo pedido antes, alguien más lo hizo ya y acepté. Luego se acercó a él y lo besó.

Por primera vez desde que se conocieron, Agustín no quiso verla. No quería tener ningún indicio de cómo iría vestida, si lo sabía no tendría un momento de paz durante toda la noche. Era mejor si no la reconocía. El día de la fiesta Agustín se encontraba artificialmente feliz gracias al efecto del vino. Iba disfrazado como un atormentado fantasma de la ópera. Se mezcló entre los invitados, charló, ríó y hasta bailó. Agotado y

completamente ebrio fue a sentarse en una mesa del rincón. Estaba totalmente perdido en sus pensamientos cuando una sensual voz le dijo –ven acompañame- . Pensó que era María y lo siguió. Ella lo condujo por un corredor, subieron las escaleras y llegaron hasta una habitación. Ella la abrió, encendió la luz y -le dijo- anda, recuéstate. Agustín se desplomó en la cama mientras decía –María, por fin te he encontrado. Shhh... calla, tranquilo - le decía- mientras lo besaba y desabotonaba su camisa.

A la mañana siguiente, despertó con una desconocida en la cama. María estaba sentada en una silla sonriendo y fumando un cigarrillo. Al verla, Agustín cubrió con las sábanas. A María aquel gesto le pareció tremendamente tierno. —Anda Agustín, no pasa nada, anoche no podía estar contigo y le pedí a Verónica que te acompañara. ¿Te gustó? ¿Verdad que es bella?

Verónica ya estaba despierta y sus ojos brillaban. Otra de lección de vida para ti Agustín, se puede compartir el lecho con alguien sin amor e inclusive gozarlo. Ahora entenderás mejor mis ausencias. Ven, vístete y vamos a casa.

Aquel día algo se rompió dentro de Agustín, seguía amándola pero ahora también la odiaba. Ella podía ver a través de sus ojos, sabía cómo agradarlo y cómo lastimarlo, sabía cómo elevarlo y dejarlo caer.

Las visitas de Verónica se hicieron costumbre. Querida estaba intensamente celosa y se rehusaba a ronronear sobre su pecho. Generalmente María llegaba al entrar la noche o muy temprano por la mañana. Llegaba ardiente y hermosa. Al verla se le olvidaba todo y sentía como si con ella el placer no tenía límites. Su ánimo se volvió deliciosamente agridulce. Amaba a María con gratitud y violencia y a ella parecía gustarle. *Mi amor fue un infierno voraz quemó la ilusión de mi ser oh, negro destino, tan largo camino, que abismo se abre a mis pies.*

El tiempo pasó Agustín, María, Verónica y Querida, compartían por turnos aquel pequeño piso del centro. Había llegado de nuevo el Carnaval y María decidió que ese año los tres asistirían a la fiesta de Federico del Valle. Agustín iba vestido de Casanova, Verónica de ninfa y María un simple vestido negro con un elaborado antifaz. En todas las estancias de la casa se sentía la fiebre que abrazaba a los presentes. Se separaron empujados por

el gentío. Agustín las buscaba con desesperación todas se parecían Verónica pero en ninguna a María. Resignado a no encontrarla empezó a beber hasta que su visión se volvió grotesca y dejó de percibir cualquier tipo de belleza.

María lo veía desde la distancia, podría decirse que sentía cierto gusto en ver en Agustín a un niño perdido en busca de su madre. Trataba de no perderlo de vista al mismo tiempo que procuraba que no la viera. Finalmente sus ojos se encontraron y Agustín reconoció la sonrisa burlona de su amada. Corrió hacia ella, abriéndose camino entre la gente, cuando por fin llegó hasta ella María lo recibió con un beso en la frente y -le dijo- *querido baila conmigo*. Él sonrió, la tomó del talle y atrayéndolo hacia él le dijo que la amaba. María se distanció y -le dijo- sabes que siempre te he querido no es así... si n quieres que deje de hacerlo no me vuelvas a decir que me amas. Sin decir más siguieron bailando, ahora la banda tocaba una canción que él le había compuesto. *Te dije muchas palabras, de esas bonitas, con que se arrullan los corazones pidiendo que me quisieras que convirtieras en realidades mis ilusiones. La luna que nos miraba ya hacía*

ratito se hizo un poquito desentendida y cuando la vi escondida me arrodille para besarte y así entregarte toda mi vida.

Esa noche María se marchó con el joven solista de la banda, le gustó mucho la forma en que cantó la canción de Agustín. Sin duda era bello, inexperto y pobre. Verónica acompañó al compositor hasta su piso. A petición suya lo dejó solo. Agustín se sentó al piano y con la primera nota Querida subió a su regazo. Esa noche compuso su ópera prima: *Te vendes, quien pudiera comprarte, quien pudiera pagarte un minuto de amor.*

Era ya de mañana cuando María regresó, al subir las escaleras lo escuchó cantando aquella canción y lloró por primera vez en mucho tiempo. Se quedó detrás de la puerta hasta que la música cesó. Al abrir la puerta sus ojos se posaron en el cañón presionando la sien de Agustín.

Al mismo tiempo



Michelle Juárez



Si el desierto repentinamente es un oasis, lleno de flores y aromas, significa que ya no estás en tus cinco sentidos y dejas de ser humano para convertirte en un monigote al servicio de la cursilería más recalcitrante.

Vaya montón de tonterías que tienen lugar en nombre del “amor”. Al que se salva lo tildan de amargado. Si desprecias el palpitar de corazones, más te vale fingir, porque serás marginado como portador de la peste. Algún erudito de mierda debería escribir un tratado ininteligible sobre el derecho a no amar, para que finalmente emerja una voz con autoridad que nos libere del suplicio. Ciertamente, hay sectas, teorías y una que otra religión que proclama el desamor, pero no con el fundamento adecuado. Negarse al amor no significa que carezcas de sentimientos; al contrario eres más generoso y complaciente porque no sientes ese impulso egoísta de querer a tal o cual persona solamente para ti. Puedes libremente sentirte atraído pero no raptado, continúas en completo control de tu persona y no pretendes controlar

a nadie más. ¿Qué de absolutamente necesario es codependen-
der o propiciar la codependencia de otra persona?

—Pero yo no dependo de ti. Simplemente quisiera
que me complementaras.

—No hay razón. Tú eres autosuficiente y yo no
quiero lastimarte. El dolor nos salva dicen los seguidores
del conde y el marqués. Y sabes que yo no comulgo con
esas teorías. Más bien las repelo e intento protegerte.

—¿Me quieres?

—¿Que si te quiero? Claro que te quiero y mucho.
Por eso me niego a esclavizarte a mis deseos y no permito
que me esclavices a los tuyos. ¡Libertad!, clama la
revolución. Y yo soy revolucionario. Amar duele
demasiado, es una espiral de inconformidad y desaso-
siego. Realmente no vale la pena, prefiero el cinismo a
la ridiculez.

—No es así todo el tiempo.

—Toma lo que necesites que cuando me incomodes
te lo haré saber y si te ofendes darás la vuelta, si no,
continuarás aquí.

—La comodidad no es siempre el fin último, siempre
hay más, mucho más.

—No lo sé, pero igual estar confortable no es malo. Ya verás.—Le dijo y como invitándola, inició con las caricias sutiles hacia el otro cuerpo medio desnudo y expectante que tenía al lado. Mientras, ella observaba inquieta pero indecisa. Aunque los tersos muslos que ahora tenía enfrente terminaron de convencerla y sin ningún otro remilgo se unió a la fiesta. Ver cómo esa belleza clara se despojaba de sus pantalones inclinándose hacia delante, ofreciéndole la entrepierna, fue la última señal. La espontaneidad se apoderó del cortejo. Un movimiento reflejo la hizo tomar a la desconocida por la cintura y empezó a masajearle lentamente la espalda, como tantas veces lo había hecho en la espalda de él. Con su lengua le recorrió suavemente la espina dorsal mientras disfrutaba viendo a la bella extraña arquearse crispada.

Era un poco extraño percibir con su tacto una piel tan tersa y femenina como la suya. Nunca había sido buena para auto complacerse, era un regalo negado y se sorprendió de lo fácil que era en otros pliegues tan parecidos. La piel de los niños, por mucho que se cuiden es como el papel periódico, con el poro abierto. La piel de las niñas por muy poco mantenimiento que le den es

como el papel de china, suave y ligera. Y así de ligera se sentía ella rozando los pezones erectos de esa rubia febril. Se sentía espuma de afeitar, crema chantillí, esponjoso turrón.

Poco a poco él fue excluido del ritual que propició. Pobre meteorólogo intentando predecir la tormenta cuando ya la tenía encima.

Su machómetro resintió un leve descenso y envió la señal de alerta, si quería que lo tomaran en cuenta debía darse su lugar, así que con la sutileza más bien propia de una mujer, empezó a inmiscuirse.

Ambas amantes estaban de pie explorándose frente a frente, se acercó por detrás de “su trigueña” y empezó a desabrochar uno a uno cada botón de la blusa que cubría la redondez de esos senos pequeños que él sentía tan suyos. No pudo evitar dar un respingo al caer en cuenta que la estaba ofrendando sin marcha atrás. Quizá abría un portal que ya nunca podría cerrar. Una cosa era fantasear con esa situación, incluso experimentarla con otras dos extrañas y otra era tirarse al agua con la hembra que realmente y aunque no quisiera reconocerlo, significaba más que un buen polvo.

Cuando acabó de desabotonar la blusa, la rubia ya estaba presta a tomar todo lo descubierto. Y así lo hizo. Magistralmente desató el bra y lamió golosa. ¡Ni siquiera le dio tiempo a tocarla! En aquel momento, ese cuerpo deseado no era solo suyo y la explosiva caricia le reventó en la punta de los dedos. No hubo más oportunidad que para rodearlas con un abrazo y arrimarles a las nalgas, aún semi cubiertas con sugestivo encaje negro, su virilidad erecta y ansiosa.

¿Qué es esto que nace como una cosquillita punzante desde el centro del hígado? Hey, hey, rubia intrusa, no siento celos de ti, eres mi invitada, simplemente es que yo también quiero. Soy el protagonista del film y me estoy sintiendo como el actor secundario. ¡No es justo!

Verlas en su danza acompasada era realmente excitante, despojándose de las últimas prendas intrusas, una bebiéndose a la otra, ninfas jugosas y perfectas. Pero reclamaba más, necesitaba demostrarles —especialmente a “su trigueña”—que nada sustituiría ese ritmo bestial que tanto le exigía y que ni siquiera las cuatro pequeñas manos de ambas descubrirían con tanta presteza lo que una de sus rudas y fuertes manos encontraba y conducía con maestría. Ningún resquicio del torneado cuerpo

femenino se le escapaba a él, experto en el arte de hacer explotar de satisfacción a las hembras suplicantes.

¡Mamita, la niña de pelo castaño no quiere jugar conmigo!

Mi'jito, a las niñas no les gusta jugar rudo, trátala con cariño.

Pero yo quiero...

No importa, debes dejar que ella te guíe.

Las recobró después que “su trigueña” fue conducida por la rubia hacia los almohadones que gustosos recibieron sus humedades dulces e invitadoras. Las dos cómodamente recostadas terminaron de explorarse sin descanso y parecía que con toda intención lo mantenían al margen, a punto de reventar. Hasta que mutuamente satisfechas se voltearon hacia él y llamándolo, le hicieron un nido con sus cuerpos.

Las manos delicadas le demostraron que también eran expertas. Presionaban y se deslizaban ofreciéndole una oleada de placer incontrolable. Ahora sí era su turno, las olió, las besó, las mordió sin tregua. El macho poderoso se sentó en su trono y se regodeó. Ella, “la

suya” con el vientre y el rostro sudorosos, se veía realmente magnífica. En verdad, a pesar de infinidad de encuentros, no había reparado en toda su belleza. Jamás había tenido, como ahora, la oportunidad de compararla con otra hembra imponente y el resultado le gustó.

Mientras dejaba que la rubia lo mimara, se volcó sobre “su trigueña” y la atrajo sobre sí. Aaaaa. De nuevo se sintió inundado por la calidez más deliciosa. Parecía que esta vez el penetrado era él. Compartirla se convirtió en una revelación y cuando la presionaba con fuerza contra su cuerpo, instintivamente buscó su mirada y le eyaculó un *te amo* al oído. Su corazón finalmente perdió la virginidad y no le había dolido tanto como pensaba.

Ambas, sonrientes y completamente dispuestas, lo enredaron entre suaves y apagados gemidos. Era alucinante ser utilizado de esa forma. Una le exigía ser poseída y se le ofrecía sin pudor, mientras él se vaciaba con fuerza y sin poder evitarlo en la boca avorazada de la otra. Ahora sí, al mismo tiempo, recibieron complacidas aquello que él, sin ninguna duda, podía ofrecerles.

De cómo entre dos sinónimos
equivalentes puede haber
diferencias no sólo fonéticas,
sino también determinantes en
cuanto a echar o no echar la
ficha en la rocola de los
talegazos

Julio Calvo



Tuve un cuate al que le decíamos de apodo el Mierda. Por qué el apodo, sepa putas. Pero aquél nunca aceptó que le dijéramos de otro modo. Si hasta se molestaba cuando le decíamos su verdadero nombre. Mierda decime, decía aquél. Mierda me han dicho mis cuates toda la vida y sólo por Mierda entiendo, decía después. Me costó un cacho al principio porque qué feo que te digan Mierda, pienso yo. Pero poco a poco me fui acostumbrando a decirle así. Vos Mierda aquí. Vos Mierda allá. Qué si una vez, cuando todavía no éramos cuates cuates, nos estábamos echando las chelas con toda la mara, cuando no sé por qué me confundí y le dije Caca en lugar de Mierda. Cómo me dijiste, preguntó aquél, emputado. Nada, vos, le contesté yo, tratando de evitar. Caca me dijiste, vaá cerote, dijo aquél. Y si oíste bien, para qué preguntás, pisado, contesté yo, también ya como la gran puta. Para qué. Nos paramos agarrando a vergazos. Aquél me sacó sangre de nariz y yo le abrí el labio. Después de eso paramos siendo grandes cuates.

Íbamos a chingar la pita y todo, pero yo siempre estaba con la onda de por qué putas se había mascado aquél conmigo. Por qué le había caído tan mal que le dijera Caca en lugar de Mierda, si mierda y caca son lo mismo al final de cuentas. Un par de años después nos juntamos otra vez con toda la mancha a discutirnos las chelas. Vos, Mierda, por qué te mascaste conmigo aquella vez que te dije Caca, pregunté yo. Porque eso de Caca es ofensivo, animal, contestó aquél. Pero Mierda también es ofensivo, imbécil, dije yo. Pero es diferente, estúpido, dijo aquél. Y por qué es diferente, maldito, pregunté yo. Porque Mierda me han dicho mis cuates toda la vida y sólo por Mierda entiendo, contestó aquél. Ah vaya, dije yo nada más. Nos seguimos echando las chelas y ya nunca más le volví a preguntar al Mierda ni mierda.

Un gato en mi jardín



Vanessa Núñez Handal



Podría jurar que escuché el sonido de la ducha corriendo al entrar. Aunque a veces pienso que quizás lo imaginé. Durante todos estos años de encierro mi mente ha tendido a crear fantasmas como una forma de expiar las culpas. De lo único que estoy segura es de lo que consta en el expediente del juzgado que mi abogado me ha hecho llegar en fotocopia. Sé que nadie más lo lee, pero yo lo releo íntegro de tanto en tanto. Siempre buscando algún detalle que hubiera podido pasar por alto, alguna fecha que no coincida, algún detalle imposible. Pero nada en esas páginas amarillentas me dice lo que en verdad ocurrió ese día.

Jamás olvidaré la impresión que me causó ver aquel apartamento, que estaba siempre pulcro y ordenado, con papeles esparcidos sobre el piso y las sillas volteadas y arrojadas a muchos metros de las mesas. Había ceniceros reventados de colillas y un olor a humo de cigarrillo que hacía desagradable el ambiente. La alfombra mullida también contribuía a mantener la fetidez. En el

cuadernillo empastado que había sobre el escritorio podía leerse “24 de octubre” y el año había sido borrado por el agua desparramada sobre el mismo.

Alberto guardaba tras los libros de la repisa un arma cargada, la cual encontré perfectamente engastada en la sobrefunda, lo que me hizo temer lo peor. Pero no sentí valor para tomarla. Cuando no se han manejado armas tener una en la mano puede ser lo último que se haga.

Alberto apenas había vuelto la mañana anterior de un viaje. Misterioso como siempre, no había respondido mis llamadas. Sus frecuentes viajes eran siempre inesperados. Nunca decía dónde ni con quién iba. No era raro verlo partir a deshoras al aeropuerto llevándose nada más que lo puesto. Por ello, decía, andaba siempre consigo el pasaporte y las tarjetas de crédito. Días más tarde, a veces semanas, volvía inesperadamente anunciando que se quedaría durante meses aunque le pusieran en la frente un arma. Pero jamás cumplía. A los pocos días reemprendía sus viajes durante los cuales solía telefonar para recordarme dar de comer al gato. Por eso yo tenía un juego de llaves en mi poder. Después del trabajo solía pasar por su apartamento y luego de lavar el minúsculo plato metálico que tenía el nombre

del animal grabado con letras góticas, vaciaba la lata de su alimento en él, lo acariciaba durante algunos minutos y me marchaba. Jamás vi nada fuera de lo común. Pero tampoco estoy segura de ello. Una tarde creí escuchar que alguna puerta se cerraba a mis espaldas. Pero tampoco podría confirmarlo.

También me encargaba de recoger las cuentas que llegaban por correo y de dejarlas sobre el mueble de la cocina, de donde yo sabía Alberto las tomaría al volver. Sin embargo tengo total certeza que la semana previa al incidente los sobres con timbres postales de varios países desaparecieron de la repisa. Los busqué por todas partes en la creencia que el gato podría haberlos tomado y dejado en alguna parte. Pero los sobres simplemente habían desaparecido.

Una tarde, contrario a lo que siempre ocurría, el gato se negó a comer. Tuve miedo de que estuviera enfermo e incluso lo llevé al veterinario, quien me aseguró que todo andaba bien con el animal. Descubrí entonces que alguien más lo alimentaba al encontrar latas vacías de comida en la basura. Pero no le di importancia. Alberto tenía muchos amigos, así que seguro alguien más había

llegado antes que yo a alimentar al animal. Quizás Alberto temía que yo lo hubiera olvidado.

Alberto era así, un tipo extraño de quien poco podía decirse. De éstos a los que las ciudades terminan por amalgamarlos. Se vuelven todos iguales sin llegar a saberse que de verdad hay tras ellos. Cualquier ciudad era chica para él. Jamás saciaba sus deseos de cosas nuevas. Tenía el alma llena de gente e ideas. Y sin embargo amaba vivir en esta pequeña urbe desde donde controlaba su entorno y sus avatares.

Durante los interrogatorios me preguntaron dónde nos habíamos conocido y no atiné a dar respuesta. Habría sido quizás en alguna reunión de trabajo o acaso en alguna fiesta. Lo cierto es que Alberto era de las personas que uno veía siempre en los lugares usuales y se asumían como conocidas, hasta que una noche se paraba hablando con ellas de cosas y lugares comunes, para terminar finalmente en la cama. Ocurrió una vez tan sólo. Y después, ninguno de los dos volvió a mencionar el tema.

Me di cuenta, cuando me pidieron contestar ciertas preguntas sobre su vida, que no sabía nada de él. Jamás habíamos conversado de algo profundo o personal. No

fueron pocas las ocasiones en que paré borracha durmiendo en su cama y él en el sofá del cuarto adjunto. No niego que a veces me exasperaba el que siempre tuviera prisa. Las más de las veces Alberto espetaba un par de frases incoherentes y me dejaba con la palabra en la boca al marcharse.

Aquella tarde que entré por última vez a su departamento, caminé por entre el desastre y encontré al gato apoltronado en la bergére de siempre. Pero al mirarme el animal se sobresaltó y corrió a esconderse bajo la mesa, como si temiera el regreso de quien había hecho el desastre. Me tomó varios minutos convencerlo a salir. Cuando lo hizo le acaricié el lomo y lo dejé ir para poder seguir recorriendo la casa.

Revisé la habitación de servicio y la cocina. Ahí todo parecía estar en orden. En la lavandería encontré una ventana abierta por la que se filtraba el aire intenso que esa tarde había comenzado a asediar las calles. La cerré con esfuerzo. Era raro no haberla notado antes pues cada tarde, antes de abandonar el lugar, revisaba con especial minuciosidad las ventanas. Las lluvias estaban por comenzar y sabía que podían hacer estragos en aquella alfombra que Alberto tanto cuidaba.

Fue entonces cuando reparé en el ruido de la ducha. Podría jurar a estas alturas, pero no cuando rendí declaración, que corría agua en alguno de los baños sin atinar a decir en cuál. El gato también debió escucharlo, porque giró sus orejas como intentando recoger de mejor forma el sonido.

Siempre me pregunté como un hombre, maniático de la limpieza como Alberto, podía gustarle convivir con un gato que llenaba de pelos todo aquello en que se rozaba. Cuando lo conocí no tenía gato. Quizás haya sido meses después cuando lo adquirió. Pero es cierto que el animal gozaba de cuanto privilegio pudiera ofrecérsele. También dormía en la cama con Alberto, lo cual me incomodaba porque las noches pasé ahí, el animal se enroscó en mi cuello creyendo que era su dueño al que mimaba.

Subí las escaleras con paso lento. Sentí a cada movimiento la acolchonada alfombra sumirse bajo el tacón de mis zapatos, lo cual no me daba el balance suficiente para subir sin tomarme del pasamano que crujía a cada avance. Así que opté por caminar descalza. Noté que la alfombra estaba húmeda. Pero esta humedad no debía provenir de varios días atrás, porque la habría

notado con anterioridad, sobre todo por el olor que habría emanado de una alfombra empapada. Además las patas del gato estaban secas cuando lo alcé en mis brazos. De pronto el sonido de la ducha dejó de oírse. Sólo era el silencio el que zumbaba en la casa y sentí miedo. Retrocedí lo andado y comencé a descender los escalones. Sentí la sangre bullir en mi cabeza y los oídos comenzaron a hacer un ruido sordo como de mil mariposas aleteando dentro. Por un momento, en el que pensé que perdería la conciencia, me detuve a respirar profundamente recuperando el aliento y la calma. No había nada, me decía, no podía haber nada, la casa estaba vacía. Si hubiera alguien en la casa, hace mucho que se habría mostrado. No había razón alguna para que alguien estuviera escondiéndose de mí, cuando lo más fácil hubiera sido tirarme gradas abajo o sorprenderme en la lavandería. Así que la casa estaba vacía, debía estarlo, me decía. Y avancé nuevamente.

Entré a la habitación de Alberto. Comprobé con tranquilidad que todo estaba en orden. La puerta del baño estaba cerrada. Y como he dicho varias veces, y así se lo dije a la policía, jamás podré afirmar con certeza

si por la rendija salía vapor o si fue tan sólo mi imaginación o el efecto de la adrenalina en mi cuerpo.

Tomé la chapa de la puerta del baño entre mis manos dispuesta a girarla con fuerza, porque algo me decía que era probable que estuviera cerrada con llave. Pero no fue así. La manecilla cedió en cuanto la giré y noté que nada había de anormal en aquel baño de azulejos pequeños donde todo, hasta los listelos, combinaba a la perfección. La tina de patas leoninas volvió a llamar mi atención. Era preciosa e inmensa. Y la cortina de grueso lino terminaba por darle un toque moderno a la habitación. Alberto decía siempre que ese había sido uno de los motivos para adquirir el piso. Yo admiraba su buen gusto. Se lo dije muchas veces pues sabía que a él le gustaba oírlo.

No diré que Alberto me fuera indiferente por aquel entonces, pero no tenía objeto insistir en algo que al parecer no era de su interés. Me la pasaba bien con él y no valía la pena arruinar una amistad por intentar una relación que a todas luces carecía de futuro. Pero los policías opinaron siempre diferente.

El baño me pareció esta vez más limpio y más claro que de costumbre. Los tragaluces permitían la entrada

del sol. El color del techo hacía que el espacio se percibiera más amplio. Entonces vi que algo se movía en la bañera. Me acerqué lentamente, vi una sombra tras la cortina que estaba cerrada, estiré la mano, mi pie resbaló en las baldosas húmedas, sentí miedo, retrocedí, no me atreví a descorrer la cortina y corrí por el pasillo y escaleras abajo, cerrando la puerta de la casa tras de mí. El gato debió aprovechar entonces para huir. Jamás llegué a ver lo que había dentro de la tina y quizás ese haya sido mi error. De haberlo hecho tal vez hoy no estaría encerrada entre estas paredes blancas acusada de una monstruosidad. Pero no ha habido forma de persuadirlos. También para mí fue una sorpresa que encontraran los cuerpos de Alberto y su amante en la bañera, y más aún, al gato vivo enterrado en mi jardín.

Boys don't cry



Javier Payeras



A mi primate Juan Carlos

Así es nene. La vida son mocos y sangre.

Si te preguntan, todo lo que debes saber es...

Cómo hacerle cambio de aceite a un carro; cómo limpiar un arma; cómo llegar a La Embajada de Coatepeque; cómo durar cuatro horas con una chela en Le Club; cómo destapar un litro con los dientes; cómo sacarse una bala y coserse uno mismo con hilo de pescar; cómo se llega a Todos Santos sin usar un mapa; cómo darle mordida a un honorable miembro de la Policía Nacional; cómo lanzar patadas de tijera; cómo bajar la pelota con el pecho; cómo defender a tu viejita cuando te la saca a relucir algún desgraciado; cómo hacer armas hechizas; cómo marcar el número del celular del viejo para que te llegue a auxiliar a la carretera; cómo gritarle al empleado huevón que no te hace caso; cómo despedir a la india que se dejó embarazar por vos cuando

gateabas por la casa; cómo se escoge una buena navaja suiza; cómo reconocer las corbatas de seda; cómo llenar un formulario de préstamo en el banco G&T; cómo hablarle a tus superiores con respeto; cómo comprar llantas (y aros de magnesio); cómo se llama el portero de la selección de Croacia; cómo superar la tragedia de no llegar nunca al mundial; cómo se llama el coronel que te puede librar del bote cuando manejes borracho; cómo quitarte la goma con ocho octavos y un limón; cómo exigirle a una puta que te chupe allá abajo y no tecobre de más; cómo disimular que estás hasta los toles luego de bajarte (vos y otro tu cuate) un gordito Botrán; cómo curarte el dolor de hombro para semana santa; cómo se llama el cuate que tiene un Lotus en La Cañada; cómo se le tocan las nalgas a tu compañero sin que piensen que en realidad te gusta; cómo reemplazar las comas por el “puta” intraducible; cómo echarte mentol chino para ponerte como pata de burro en bajada; cómo dejarte el condón puesto desde la mañana hasta la noche; cómo pronunciar todo el alfabeto en un solo eructo; cómo seleccionar una escuadra que no se encascabille; cómo traerte un carro rodado desde Texas; cómo manejar con el radio a todo

volumen; (por supuesto) cómo pulir y encerar tu carro para no estar con tu mujer; cómo se bajan los aguacates; cómo romper los hímenes del corazón y de la pusa; cómo mandar a la mierda un culo cuando empieza a chingar; cómo decirle al doctor que tenés gonorrea; cómo patear a tu chuchó (boxer, rottweiler o doberman), cómo bajar a vergazos de una camioneta a un chofer brincón; cómo conseguir el respeto de las amigas de tu abuelita; cómo justificar tu vida aprendiendo artes marciales para romperte el hocico limpiamente; cómo corregir a los albañiles que te están construyendo un muro de block; cómo balear señales de tráfico; cómo comer carne hasta la saciedad y luego emitir flatulencias que hagan marchitar las flores...

Así es la vida, nene, y si te salen mocos y luego sangre, no llores, hacele huevos, ya estás grandecito.

Te quiero mucho viejo.

Adiós, Inmaculada



Francisco Alejandro Méndez



El día que Inmaculada marchó para Europa el mundo se me vino encima. Nunca me sentí tan solitario. Estaba completamente seguro que ella era la mujer de mi vida y se marchó a su patria, sin yo tener su dirección para escribirle, un sitio para localizarla, teléfono, correo electrónico o algo que me diera la certeza que la volvería a ver para ofrecerle matrimonio. Aunque ella insistió en dejarme todas sus señas para localizarla, jamás lo acepté. Siempre tuve la certeza de que la tendría que encontrar en una calle, en un barcito, en algún aeropuerto. En un sitio producto de la casualidad, de nuestro amor.

Fue un domingo el día de su partida. Una noche antes, mis amigos y los suyos ofrecieron una fiesta de despedida en casa de Alberto, justo en el mismo lugar donde nos habíamos conocido.

Yo estaba completamente destrozado. Accedí a consumir cocaína para que me mantuviera despierto por lo menos por dos o tres días más. Todos en la fiesta estaban felices, las drogas se servían hasta en azafate.

Yo no estaba para bailar y mucho menos aguantar al montón de homosexuales amigos o amantes del dueño de casa.

Inmaculada permaneció abrazada a mí casi todo el tiempo. Ella sí estaba borracha. Dos veces la llevé al baño, le bajé los calzones y la limpié. Vomitó y yo estuve con ella, apretando su estómago para que arrojara todo lo que le estaba haciendo daño.

Mis amigos me daban un pésame tácito. El mismo Alfonso me dijo que le hiciera huevos y que no la dejara ir. Yo estaba seguro que ella, cuando estuviera del otro lado del mundo, completamente sola, me llamaría o me escribiría una carta, en la que me pediría que viviéramos juntos por el resto de nuestras vidas.

Yo necesitaba que ella sintiera el frío de la soledad, frío que ella había sentido antes de conocerme y que volvería a estar con ella, desde el momento en que se subiera al avión.

Como a las cuatro de la mañana, fuimos a mi departamento. Subimos hasta el octavo piso. Justo en ese sitio, en un rincón, ella me empujó contra las gradas, me bajó los pantalones, se levantó su blusa y se sentó sobre mí. Resultó un sitio excitante, pues de sólo pensar

que alguien podría descubrirnos, terminé en menos de un minuto.

Seguimos subiendo. Antes de entrar a mi departamento, ella brincó a mis brazos y me pidió que la entrara cargada, como cuando lo hicimos la primera vez.

La solté sobre la cama, le bajé la falda, pero antes de penetrarla, ambos quedamos profundamente dormidos.

Inmaculada me despertó haciéndome cosquillas en el miembro. Cuando apenas abrí los ojos, se me abalanzó y volvimos a trenzarnos hasta el éxtasis.

Ella no quiso decírmelo, pero sintió como que era la última vez que haríamos el amor. Por mi parte, yo no pensaba eso. Todo lo contrario, comencé a hacer cuentas de lo que tenía ahorrado y todo lo que vendería para buscarla en España.

Se duchó, guardó sus maletas y me dijo:

–Bueno, macho. Conocerme ha sido excepcional. Debemos vernos otra vez, aunque sea en el juicio final. –me besó y me dijo que bajáramos porque era hora de marcharse.

Yo tenía la certeza de que ella quería quedarse. Que me decía todo eso porque era demasiado sentimental. Que prefería irse de una vez para llorar sola en el avión.

Por mi parte, estaba confundido. Tenía todas las palabras del mundo prestas a conjugarlas en un discurso en el que le demostraba mi amor, más que el sexo, las drogas y todo lo que habíamos compartido.

Sentía como que la estaba perdiendo, pero a la vez una carta bajo la manga me decía: dejala ir. Luego vas a buscarla. Ese reencuentro será tan especial, que nunca más se separará de vos.

Nunca le dije a nadie lo planificado. Ni siquiera a Inmaculada. Por eso, no me importó nunca pedirle su dirección o un sitio donde localizarla.

Sabía que vivía en Madrid, que tenía familia en Granada, que había estudiado en Salamanca, pero que adoraba París y Londres.

En Francia y en el Reino Unido, tenía familiares que habían huido de la guerra civil española y que nunca decidieron volver. Mi amor hacia ella haría que el mundo se volviera pequeño. Tenía la certeza que la encontraría, donde ella menos lo pensara.

Abrí el refrigerador y destapé dos Monte Carlo. Le dije que brindáramos por las últimas semanas más importantes de nuestras vidas. Ella aceptó, me vio a los ojos y me dijo: salud.

Guardó su ropa dentro de la mochila. Le pedí que me regalara su calzón rojo. Se lo quitó y lo colocó bajo mi almohada. Me excité, pero Inmaculada cruzó la puerta y se dirigió hacia el elevador.

Bajamos al estacionamiento. Metimos su mochila dentro del baúl y partimos hacia el aeropuerto. Mientras conduje, no nos hablamos. Metí en el estéreo la cinta de Gary Moore. Uno de sus blues me sacó un par de lágrimas. Cuando volteé a ver a Inmaculada, ella también lloraba. Con su mano tocó mi pierna y me besó en la mejilla. You get a blues, comenzó a hacer estragos en ambos. Me dieron ganas de quitar la cinta, pero ella le subió volumen. Miraba hacia la gente que transitaba la sexta avenida. Tal vez pensó que nunca debió venir a este país y menos aún conocerme, pero no me lo dijo. En cambio expresó que éramos un país extraordinario y que era el mejor viaje de su vida.

La siguiente pieza de Moore fue *Parissian Walkaway*. La sexta avenida ya no era la antañona, sino la moderna.

Más adelante, un inmenso teatro elaborado con la mano angelical de un dios terrestre, despidió a Inmaculada. Semáforos, calles parchadas con burdeles y barras, una torre Eiffel en bonsai y un reloj de flores, que se detuvo para despedir a mi amada, fue lo último que ella vio.

Cuanto estuvimos a casi dos cuadras del aeropuerto, me pidió que no bajara a despedirla. Prefería que la dejara en la entrada. Comprendí. Pensé que seguramente nuestra despedida la destrozaría. Igual suerte correría yo, así que le mentí diciéndole que yo había pensado lo mismo.

Detuve el auto. Abrí el baúl. Saqué su mochila y le ayudé a colocársela en la espalda. Me abrazó y me besó una y otra vez. Luego, se marchó sin voltear. Me dieron ganas de correr tras ella y pedirle que ya no se marchara nunca. Que se quedara conmigo. Me dije que si ella volteaba, yo saldría corriendo en su dirección, pero se perdió en los vidrios transparentes y se dirigió hacia un sitio donde ya no la vi.

Ceniciento



Alejandro Marré



Ceniciento le llamaban los compas de la maquila donde trabajaba de 6 de la tarde a 6 de la mañana de lunes a domingo. Cuidaba de sus medios hermanos adolescentes producto de un matrimonio accidentado y trágico entre su madre (viuda de su padre biológico) y separada de su padrastro. Ama de casa y bebedora empedernida. Ceniciento (apodo que le fue quedando con el tiempo y la saña de los que lo llamaban así) cuidaba de su madre en el poco tiempo que le quedaba entre el trabajo en la fábrica de textiles coreanos, la limpieza de la casa y el segundo trabajo que tenía por las mañanas en una tienda del barrio. Además que sus hermanos adolescentes lo traían ya corto de paciencia entre pleitos, problemas de la escuela y demás menesteres de su edad.

Ceniciento tenía una vida pobre, sin tiempo para sí. Vivía entre la nostalgia de una vida que nunca tuvo y la sensación vertiginosa de que la vida que sí tenía era una verdadera mierda que parecía no llegar nunca a ninguna parte.

A ceniciento le entretenía pensar en nubes, en esas formas algodonadas, que alucinaba, danzaban mientras él tejía con una máquina inmensa que bien podría partirle la mano en mil pedazos si se descuidaba. Pero a él las formas que las nubes adoptaban, a un ritmo de sueño, le parecían seres que danzaban mágicamente, y se preguntaba porqué la vida, su vida, no podía ser así, como una nube lejana, blanca y grisácea que iba y venía dulcemente flotando en un inmenso cielo azul. Sus compañeros le hacían bromas cuando él trabajaba con gesto de extravío y ceniciento sin prestar atención seguía en esa rutina de cocer y cocer y cocer y a veces sentía que un llanto asfixiante le llegaba a la garganta y le costaba la respiración, pero una nube cobraba forma de corazón y entonces él volvía a ser feliz por un segundo. El único segundo que tenía libre antes del cambio de turno.

Una mañana ya cansado de abrir los ojos en la misma realidad, llena de trabajo extenuante, una madre a quien ya no recordaba sobria y unos medios hermanos indiferentes que sólo le prestaban atención cuando estaban metidos en problemas, ceniciento decidió escapar, con todo el dolor de su corazón, el sentimiento

de culpa y la idea que lo que hacía era irresponsable. Se vistió con el overol con el que trabajaba en la tienda de su barrio, se despidió besando a su madre que yacía inerte frente al televisor y sin más, se fue directo al cementerio en donde estaba la tumba de su padre.

Pasó algunas horas frente al pequeño nicho corroído por el moho, hablando en silencio y haciéndole mil preguntas a su padre mientras un cielo completamente blanco impedía que observara las formas de las nubes.

Luego de un llanto aletargado y amargo y el silencio exacerbante de un padre a quien no conoció nunca, vino el vacío. La nada mental en donde ya ni las nubes, su madre y medios hermanos, y la gente gris de la maquila donde trabajaba podían existir. Ceniciento quedó en una especie de trance, dormido. Quizás por el cansancio rezagado de 24 años en la misma batalla, de su nostalgia interminable y de una vida que parecía estancada sin nubes, sin amor, sin vida.

En ese trance Ceniciento vio como una nube cobraba forma de rostro y sin más le habló despacio como si fuese un padre amoroso que se dirige a su hijo. Ceniciento sorprendido en su alucinación escuchó: *Esta*

noche hijo mío es tuya, gózala al máximo, nada te puede detener, pero regresa al amanecer, porque cuando amanece la realidad esclarece y surgen las verdades.

Ceniciento despertó de un salto, con una sensación de frío y alegría, quizás de liberación, como si su padre le hubiese dado una licencia, una llave. Se retiró del cementerio flotando y sonriente y fue directo al bar donde sus amigos de la maquila le invitaban cada viernes. Comenzó a beber como poniéndose al día, como queriendo beberse todos esos tragos que nunca aceptó en el pasado y queriendo sentir lo que sentía la gente normal, la otra gente que parecía ser feliz. Tenía un resplandor de alegría que captaba la atención de la gente, de los bebedores de las otras mesas que levantaban sus vasos y brindaban sonrientes. De las chicas que sentadas en las piernas de algunos se dejaban acariciar, pero le veían de reojo. De María la putía rubia que no le perdió de vista hasta tenerlo en su cama y carcajeándose le repetía una y otra vez. Soy la primer mujer que probás ya verás que no me vas a olvidar nunca. Y Ceniciento guiado por una fuerza que jamás había sentido permaneció en su trance de felicidad hasta un poco antes

del amanecer, pues en pleno éxtasis recordaba perfectamente las palabras de su padre. *Esta noche hijo mío es tuya, gózala al máximo, nada te puede detener, pero regresa al amanecer, porque cuando amanece la realidad esclarece y surgen las verdades. Y Ceniciento siguió el consejo.*

Ceniciento siguió en su rutina de todos los días, al parecer nadie lo extrañó el día que decidió escaparse, a excepción de los coreanos de la maquila, que lo despidieron al día siguiente. Pero con el trabajo de la tienda podía sobrevivir mientras salía otro chance para mantener a su madre y medios hermanos. Y además el dueño de la tienda parecía hasta tenerle cariño, lo comprobó el día que le dijo “Mijo te busca una señorita” y ceniciento sorprendido por como lo había llamado el dueño de la tienda y por la visita de María la putía rubia que le había quitado la virginidad, sólo pudo soltar una sonrisa.

Tomó unos minutos de descanso de sus quehaceres en la tienda y sentado a la par de la chica de minifalda escuchó unas palabras que lo dejaron helado, confundido y con una sensación de extraña alegría que sólo había sentido el día en el cementerio hablando con su padre

muerto. María le dijo: “Carlos. Te he buscado desde hace días. Tus amigos de la maquila me dijeron en donde vivías y por eso vine. Después de aquella noche en el bar quedé embarazada. No te miento, no se si el niño es tuyo, pero me encantaría que fueras su papá... No se que piensas, yo no sé ya qué pensar”.

Primera coartada



Vania Vargas



Si en lugar de la pelota de futbol, ese día del padre ella le hubiera regalado una podadora, un equipo de fontanería, algo equivalente a la batería de cocina de ocho piezas que recibió en el día de la madre, a pesar de que él sabía cuánto odiaba cocinar, entonces quizá ya no hubiera tenido otro hijo, ni le hubiera duplicado el nombre, habría podido quedarse durmiendo los domingos en la mañana, en lugar de preparar el plato fuerte para el almuerzo familiar en la casa de la suegra y, seguramente, no hubiera llegado a celebrar su sexto aniversario como una esposa sumisa y ejemplar.

Él no la habría complacido con ir a comer a ese lugar, y ella no hubiera tenido que dejar enfriando su comida para entretener a los niños que no dejaban de llorar, mientras él ya masticaba con un conato de rabia su media libra de cordon blue.

Sin lugar a dudas, ese día, se habría convertido en la principal sospechosa de planificarlo todo para que se quedara solo, y mientras ella cuidaba a sus hijos en la

piscina de pelotas, entrara el desconocido, interrumpiera la comida de su marido, se armara una aparente discusión, y lo dejara muerto en el lugar, con la cerveza a medias y un tiro en la frente.

Nunca hubiera podido ser la viuda que hoy decidió largarse del país, rehacer su vida al lado de un viejo amigo, y alejarse por un buen tiempo de tantos malos recuerdos. Ya ves, todo es cuestión de paciencia.

Voltron, Ben Hur y Mr. Miyagui son el mismo

Julio Serrano





11:01:37Voltron Dice:

entonces cucharita..de plata

11:01:55Voltron Dice:

no tenés mujer porque no querés..

11:02:00Voltron Dice:

sos más papichurro que yo..

11:02:23Voltron Dice:

aunque no tenés..los superlentes..que me hacen aumentar el raíting!

11:02:59Yo digo:

exacto

-

11:18:21Voltron Dice:

y no te rasures baby..

11:18:44Voltron Dice:

que queremos ver a ese dios Apolo treintón!

11:19:07Voltron Dice:

panzón..

11:19:19Yo digo:

jajaja

11:19:21Voltron Dice:

pero sin llegar al extremo que

11:19:23Voltron Dice:

para miar..digás..

11:19:27Voltron Dice:

puta se me perdió!

-

11:29:27Voltron Dice:

cabal..cómo sabés que ultimamente no se me está
parando

11:29:32Voltron Dice:

??

11:29:33Voltron Dice:

ja!

11:31:30Yo digo:

em serio?¿

11:32:05Voltron Dice:

simón pero la Rogelia..me dio un tip.

11:32:16Voltron Dice:

y funciona esa mierda..a cabalidad

11:32:27Voltron Dice:

horse power baby..

11:32:36Voltron Dice:

es..una mierda asquerosa

11:32:44Voltron Dice:

lo que pasa..es que con el frio como que no funciono
bien

11:32:48Voltron Dice:

pue me dijo

11:33:00Voltron Dice:

que hay que calentar...agua

11:33:04Voltron Dice:

hasta la verga

11:33:20Voltron Dice:

echar un trozo de copál...en el agua hirviendo..

11:33:24Voltron Dice:

luego tres onzas de india..

11:33:32Voltron Dice:

y 7 cebollas

11:33:50Voltron Dice:

y 13 ramas de tomillo..

11:33:56Voltron Dice:

crealo o no..lo hice..y funcionó

11:34:08Voltron Dice:

con la gringuita que te conté

11:34:10Voltron Dice:

aquella

11:35:04Yo digo:

en serio

11:35:08Yo digo:

vos paja me estás dando

11:35:12Voltron Dice:

simón culero

11:35:14Voltron Dice:

de verdad

11:35:19Voltron Dice:

lo hice pa que veas

la rogelia es una vieja cerota mesera..

11:36:22Voltron Dice:

que es bien caliente

11:36:30Voltron Dice:

y que era como medio comadrona antes

11:36:40Voltron Dice:

y siempre me vive diciendo mierdas calientes

11:36:53Voltron Dice:

y me contó que don Tomás...el dueño del hotel no se le paraba

11:37:02Voltron Dice:

entonces le hizo esa mierda..y funcionó

11:37:04Voltron Dice:

y yo le dije..

11:37:08Voltron Dice:

y como lo hago

11:37:25Voltron Dice:

y me dijo..que le trajera las chivas y que en la noche me hacía el brebaje

11:37:29Voltron Dice:

y puta

11:37:33Voltron Dice:

asquerosa..esa mierda



Ben Hur Dice:

mirá a mi la epifania me lo dijo claro..

12:14:39Ben Hur Dice:

me dijo: “ustedes los ladinos con influencias indias, necesitan una verdadera hija de puta que les muerda la

cuento macho

talega y que después les dé el culo cuando quieran..
sólo así están contentos..es decir nosotras las negras
somos su ideal..pero el problema es que ustedes por
su misma indiez quieren una moral correcta y una
pisada que se las mame pero que le dé cargo de
conciencia y luego vaya a rezarle

12:14:49Ben Hur Dice:

a San Isidro labrador..

12:15:21Yo digo:

ulugrún

12:15:23Ben Hur Dice:

y luego me dijo..

12:16:01Ben Hur Dice:

así que cuando mirán que nosotras las negras tenemos
mas verga que ustedes se aguevan y se van...

12:16:18Ben Hur Dice:

porque no podrían soportar alguien se los coja..

12:16:45Ben Hur Dice:

ni una hija de puta que se vaya a miar en la cama
porque no se le dio la gana ir al baño!

12:16:47Ben Hur Dice:

eso dijo

12:17:30Ben Hur Dice:

la EPIFANIA.... y como dice el pueblo....

EPIFANIA... TIENES UNA CARITA

DELICIOSA.. PERO TU PELO....ES UN

DESASTRE..

12:17:38Ben Hur Dice:

DIG IT!

©

12:13:50Mr Miyagui Dice:

así como un día que le compré unas hierberas..

12:13:54Mr Miyagui Dice:

se las puse

12:13:58Mr Miyagui Dice:

y le dije

12:14:30Mr Miyagui Dice:

carro hueco..florecita maparida..sos tan marica que me gustás..y merecés que te violen..

12:14:49Mr Miyagui Dice:

y que te taponeen..con mierdas que no son tuyas

12:14:59Mr Miyagui Dice:

y como acto simbolico..

12:15:05Mr Miyagui Dice:

lo acabé..el carro cerote

12:15:14Mr Miyagui Dice:

y le puse la tapa cromada de gasolina

12:15:36Mr Miyagui Dice:

y me pareció bien..porque sentí que era un carro
prototipo de lo que yo soy..

12:15:40Mr Miyagui Dice:

un taponiado!

porque me siento más sucio que el carro mismo!

12:18:02Mr Miyagui Dice:

eso lo hago cuando me porto mas estúpido de lo
normal

12:18:06Mr Miyagui Dice:

mi castigo es

12:18:08Mr Miyagui Dice:

abrir el carro

12:18:12Yo digo:

ajá

12:18:12Mr Miyagui Dice:

y lamer..cualquier mierda

12:18:20Mr Miyagui Dice:

el carburador

Buscando macho



Brenda Marcos



En el *ring*, ante mis asombrados ojos veo a dos contendientes uno enmascarado y el otro similar a una hiena, el enmascarado repentinamente sube a la cúspide de una de las cuatro esquinas, se convierte en ángel ingrávido, fuerte, enorme, carente de alas y flota en el aire con sus prominentes músculos, suspendido en la nada con sus vértebras, formando un arco masculino y único usando toda su fuerza para aplastar a su enemigo.

¡Eso es un Macho! Grita una excitada espectadora, inflando sus senos con toda la inspiración que le provoca el espectáculo. ¿Le pregunto qué mira en ellos? me contesta que ve un macho divino que sabe violar la gravedad y antes de continuar se carcajea y dice: ¡Ojalá me violara a mí también!

Le pregunto qué ve en el otro, el que parece una hiena, dice que ve un hombre que se enamora de ella, que la mima en exceso, contemplándola con esos ojos melados que se ven a través de los orificios de la máscara. Y que si fue capaz de soportar la caída del ángel en su cuerpo

es capaz de aguantar lo peor por ella. Le llama su macho protector.

Un hombre de mediana estatura, delgado, cacarizo, junto a veinte mujeres, diez de cada lado, todas ellas enlazadas con los brazos a él, formando una fila y presentando *Cry of the Celts*, de pronto las luces se apagan y una por una se desprende de la fila, lo dejan solo con el sonido de la gaita, empieza saltar como si dos cuerdas elásticas lo rebotaran en el escenario. Ágil, maravillosamente sensual, no ve a nadie y todos lo vemos a él. Ese fondo azul con la pequeña luz blanca que lo sigue es cómplice de sus movimientos en el traje ajustado que marca sus músculos delgados y firmes.

Sus pies danzan en los zapatos con tacón medio alto, la espalda erguida, en posición de cisne esculpido. En este momento lo deseamos todos por igual, hombres y mujeres, es una noche de ensueño, como las noches que ya gozaron las veinte bailarinas que estaban a su lado. Ahora es nuestro turno, entre lagrimas y escalofríos le aplaudimos. Olvidamos la postura propia de estos eventos y gritamos como fanáticos helénicos al más

grande bailarín, al Señor de la Danza. Amo de las jóvenes celtas que lo desean como el más grande los trofeos.

La providencia hoy es mi amiga o de plano ella también busca macho, porque de pronto veo a un hombre con el cabello extremadamente largo y rizado cayendo sobre su cinturón adornado con calaveras de acero. Sus ojos son la mirada del rocker callejero, fríos, duros, hasta despectivos. Es inevitable mirar sus brazos llenos de tatuajes eróticos, sus pulseras de picos de hierro, de pronto, veo a una mujer que se acerca, celosa, perforándome casi con odio, me sonrojo y pretendo no ver, pero la alta y elegante mujer negra, bella y sensual como una Eva vestida de ejecutiva, devora con la mirada a su macho con apariencia de estrella del rock casi malévolo.

Pero el macho es un camaleón sensual que se trasmuta en un padre mimador que se deja abrazar por una nena como la madre y un machito replica de él mismo solo que con el cabello corto y playera de mickey mouse, sonrío los toma de la mano se acerca al carro de los helados y pide chocolate para uno y arcoiris para el otro, su ebónica mujer lo abraza por detrás pega su cuerpo al

de él y sin emitir sonido me dice moviendo los labios;
¡es miooooooooo!

Un macho de cabello largo... Algo paradójico para ser macho con una playera de Gamma Ray, sexy, rico, delgado y firme , de aspecto algo malevolo. Casi dios, casi el Diablo. Pero su aspecto se transforma en un infante al tocar a sus hijos.

El Gran Jaguar

Alan Mills



Había lanzado mi corazón al aire, una lata de mermelada pudriéndose por los rincones celestiales de esta ciudad maldita.

La sensación era de que todo se había descompuesto y de una invasión de moscas chupándome por dentro. Convertido yo en un panal vacío, lamentable. Lo dulce de otros tiempos era para mí apenas una copia mediocre de las peores fermentaciones que hoy me tocaba vivir.

Lujurioso, besé por largos minutos a Christine, pero no pasaba nada. Su rostro entristecido era el anuncio más elocuente de mi imposibilidad para conseguir una erección aquella tarde. De ser un jaguar en llamas estaba pasando a convertirme en un gatito de angora sin ferocidad alguna, mientras escuchábamos canciones de George Brassens que sólo permitían sentir todo aquello con un ridículo más profundo e intenso.

Normalmente funciono al revés. Me resulta difícil no andar por las calles con la cremallera abultada, cual

carpa de un circo portátil donde mis acrobacias genitales causarían más respeto que gracia.

Pero ahora algo raro sucedía. Y no era que la canchita no estuviera buena: tenía un cuerpecito delgado y resistente y unos ojos pequeñitos y graciosos que invitaban a corromper. Me tocaba con cierta maestría, como una ligera amazona soplando las arpas de algún príncipe ardoroso entre su plumaje. En otra época habría hecho de esta mujer una fiesta sin final.

Pero hoy nada. Apenas pude balbucear algunas justificaciones, tímido, en derrota, mientras ella contaba su tercera sonrisa piadosa. El universo entero se me iba oscureciendo más a cada segundo y ya ninguna frase de ingenio podría solucionar aquel averno lleno de humedad y vapor desahuciado. Pasadas dos horas y cayendo la noche, aquello era el desastre.

Christine me dijo que mejor se iba a su casa, tenía que adelantar la tesis sobre los procesos judiciales contra los autores de delitos de lesa humanidad cometidos durante el conflicto armado. Esa era la verdadera razón de su estadía en Guatemala y no un *chapin-lover* que a la mera hora no le estaba funcionando.

Impotente, la vi marcharse. Su manera de contonear las caderas me dejó ver lo mucho que ella disfruta de Latinoamérica. Suspiré. Decidí darme una ducha caliente y luego, tembloroso, tomé el celular. Llamé a la mara de la revista, a Guayo:

—Vos, al final sí me animo a hacer la crónica de aquel putero, ¿cómo se llamaba?

—Mirá pues, ese antro del mal se llama El Mediterráneo y queda en la zona nueve, cerquita de la torre, respondió.

No tardé en vestirme lo más guapo posible y me fui volando para allá, a la espera de revivir mi virilidad con electroshocks, por decirlo de alguna forma. Atravesé la ciudad de punta a punta en mi Peugeot 206 y este desplazamiento dibujó una forma fálica y grotesca, aunque imperceptible para mí.

Al llegar, el Mediterráneo me pareció un burdel común y corriente, con sus luces, los necesarios espejos y su polución de meseros empujándote a invitar a los traguitos a alguna chica. Sonaba “Lipstick”, de Alejandra Guzmán, cuando entré. Avanzaba yo con la cabeza baja y esos ojos perdidos que muestran los que regresan de una batalla sin glorias.

Junto a los intensos latidos resonando bajo mi camisa, escuchaba un ensalmo de acentos hondureños y salvadoreños intentando fingir algún sabor chapín y traicionados por sus sonoridades *tropicool*. Yo las miraba de reojo, ensayando la medida de un habitué, cuando era mi vida sin sentido ni futuro la que pasaba como un holograma por los ojos de estas voluptuosas nenas.

La lata de mermelada a estas alturas debe ser ya una bosta maloliente, un corazón cada vez más podrido derritiéndose por las calles.

Y algo espeso también soplaba en el ambiente del garito, un karma muy vivo que se dejaba sentir. Continué caminando con mi semblante marchito, una especie de flor muriéndose en medio de aquel terrible aroma a testosterona que comenzaba a exasperarme. Era un espectáculo lamentable observar esa sarta de sapos y cerdos abriendo las fauces, cuales caimanes barbudos sobre pequeñas iguanas. Me entraron ganas de emprender la fuga, pero el deber me lo impedía. Ya me había comprometido a escribir esa crónica y la noche todavía iba relativamente tranquila.

En realidad se seguía el mismo protocolo de cualquier prostíbulo que pude conocer antes. Las

doncellas iban y regresaban, parecían gacelas elaborando la ronda de su territorio. Traían consigo un viento que era olor y espíritu al mismo tiempo. Moverse era su magisterio y llevaban cientos de ojos lascivos pegados a sus curvilíneos cuerpos, como imanes enloquecidos.

Crucé mirada con una colochita, una sexy morena de fuego. Ella se acercó y me espetó a mansalva: “flaco, yo a vos te lo hago gratis, papito”. Le sonreí, claro, sus palabras me sonaron a magia pura: me cambió el rostro y me brotó una sonrisa terapéutica. Por supuesto que no le había creído lo de “gratis”, pero me subió el ánimo y le pedí que se sentara conmigo. Al menos no me iba a ir a dormir sin una buena erección, pensé.

La chica pidió dos tragos e hizo que los pusieran en su cuenta, “yo pago, papito”, me dijo con su acento costeño. Esto era ya demasiado bueno para ser verdad, una situación nada ordinaria que me levantó todavía más la moral. Quise ponerme en guardia ante cualquier posibilidad de estafa, pero en ese minuto ya era yo el chimpancé más delirante del recinto. Quise aullar pero me lo impedí. Empecé a tocarla y ella revoloteaba sobre mí como una gata contenta. Comenzamos a besarnos y

el tiempo se hizo gelatinoso. Quería aullarle por dentro, pero me lo impedi.

Lo que no pudo hacer una doctoranda belga en dos horas, lo había conseguido una puta salvadoreña en tres minutos. Comencé a sentirme feliz, yo mismo me tocaba la verga, incrédulo, admirado ante mi propio portento. Comencé a tocarme más a mí mismo que a mi consorte, de hecho. Y así, de tocadera en tocadera, nos dio la medianoche. Entonces la música se apagó, las luces cambiaron su aburrido patrón y el DJ empezó a vociferar:

—¡Que es tiempo de los latigazos, quince segundos y se llevan a una señorita, la que quiera, a ver quién es macho, a ver quién se anima!

Dejamos los besos a la intermitencia. Nuestras manos iban y venían como espadas furiosas ansiando rasgar y ver de brote la herida. Felices, vimos que en el Mediterráneo se puso muy alegre la onda, bizarra y tensa. El griterío, las poses simiescas por doquier. Ahora sí que era un putero digno de crónica, me dije. Bastaría describir a los circunstantes para componer un terrible paisaje humano, la decadencia en una de sus versiones más primitivas.

Por alguna razón recordé aquella película de Mel Gibson sobre la pasión de Cristo. De repente también imaginé que yo era Alex, el de *La naranja mecánica*, con su látigo en la mano. Y luego vi una morenaza recibiendo mis chicotazos: Alan con una máscara negra. Alan recibiendo cien azotes de su Dominatrix.

La joven prostituta percibió mi alteración y sentí que hasta se excitó un poco más. Se reía en silencio, me seguía tocando alevosamente y yo me sentía otra vez el felino más feroz de las selvas mayas. Si hubieran sintetizado mi plasma en aquel momento, les hubiera alcanzado para fabricar una pastilla de Viagra del tamaño del Gran Jaguar. Se habría detenido la caza furtiva de rinocerontes, licuándome habría salido el afrodisíaco más potente desde los fenicios.

- ¡Que es tiempo de los latigazos!, ¡a ver quién es el más macho!

Dejando entrever unas risas nerviosas y estúpidas, pasó a la tarima un tipo chiquito y quishpinudo, que al quitarse la camisa mostró un verdadero *six pack* en el plexo. Era el líder de estos valientes guerreros de la posmodernidad, movidos por la promesa de un coito gratuito, dispuestos a que dos prostitutas en tanga negra

los hicieran pichacha con sus látigos: lianas oscuras parecidas a dos gigantescas colas de rata.

En El Mediterráneo debe haber ratas enormes que salen por el día a cazar gatos, imaginé. O putas centroamericanas capaces de inmovilizar a un jaguar con sus dientes. Princesas inversas entonando músicas para amenizar los más dulces infiernos, sinfonías de chicotazos reduciendo a polvillo hasta a los mejor equipados.

Fueron sólo dos o tres golpes secos y certeros. No más de cinco segundos y el tipo tenía el hocico pegado al suelo, boqueando babas. Sus gritos daban risa y vergüenza. Su pequeño instante, su breve contacto genital se le había escapado de las manos. Hacía muecas horribles, su rostro se contorsionaba como un origami hecho con las hojas de la revista para la que trabajo. Cuando bajó del escenario, contemplé dos lágrimas de sangre saliendo de su espalda pequeña y musculosa. De fondo, una canción del Buki: “La venia bendita”.

Le di un sorbo grande a mi trago, palpando bien al trozo de mujer que tenía en las piernas. “Guapo, vos no necesitás latigazos, a la salida me voy con vos”, me suspiró. Ahí mismo fue que sentí un azote muy fuerte, pero por dentro, como diciéndome “aguas”. Es verdad

que era un culito precioso y que esa cintura me estaba dando la erección que tanto necesitaba, pero en aquel instante las alertas de mi conciencia se expandieron por todo mi cuerpo como las linternas de un barco ebrio. Se me moría el amor a cambio de algo parecido al miedo.

A pesar de todo, volví a besarla con furia. Y así, entre beso y beso, vimos pasar tres o cuatro voluntarios más. El tercero casi lo logra: trece segundos y comenzó a implorar clemencia. Estuvo cerca, sí. A éste le quedó la espalda como si hubiera sido atacado por un enjambre de perros del cementerio. O por un ejército de pizotes hambrientos. Lo miré e imaginé varias arcadas de un rojo muy intenso. Observo la ocasión en que mi madre me flageló con el cordón de la plancha, veo a aquella muchacha ultrajada por un pariente mío sobre la pila de lavar, veo mi desolación y la sangre que no quería bajar a mi pene flácido durante esa tarde de humillaciones que fue, precisamente, hoy.

La cabeza me daba vueltas y las imágenes seguían siendo un calidoscopio de acontecimientos extremos, comencé a sentirme cada vez más mareado y confundido. Me imaginaba telefoneando a Christine, pidiéndole,

rogándole que me dejara intentarlo de nuevo, jurándole que no volveríamos a tener ningún inconveniente.

Al mismo tiempo, aquellas mujeres con sus látigos parecían las más crueles deidades, me miraban con cinismo y lujuria. La sangre brotaba como serpentinadas doradas por el aire. Los rostros en El Mediterráneo oscilaban entre el pavor, el asco y la perfidia plácida.

Plam, plam, plam y finalmente emergió el único individuo capaz de resistir los chicotazos por 15 segundos.

Quién iba a decirlo, el más gordo y con la cara más imbécil del mundo. Si hasta me dio rabia verlo salir con esa sonrisa enferma y con su nicaragüense del brazo, cubriéndole la espalda lacerada con una barata toalla amarilla. Sobre ellos caían unas luces tenues y horribles que me mareaban más y que me empujaban a salir volando de ese cuchitril.

Ya sólo quería irme corriendo a mi casa para teclear unas páginas y así cumplir con mi trabajo, pero las visiones en mi cabeza eran todavía más grotescas que las que la realidad misma me ponía en escena. Mi organismo era una entidad sin respuestas, parecía un

alma en pena pero con cuerpo. Durante un lampo de lucidez alcancé a adivinar que la puta salvadoreña le había echado alguna sustancia a mi trago, mas lo olvidé de inmediato. Apenas escuché que me susurraba “venite conmigo amor, ya se va a acabar mi turno y te doy todo, todito lo que querrás de gratis”.

Mi último tormento fueron los reflejos de mi pene flácido, repitiéndose por millones de pupilas dilatadas.

El carro



Carol Zardetto



*Yo no sabía que la libertad no es
una recompensa o una condecoración
que se celebra con Champagne. Ni siquiera
es un regalo, o una caja de delicadezas
para hacerte relamer. ¡Oh no!
Todo lo contrario. La libertad es una
escogencia y una larga carrera, muy
solitaria y agotadora. Sin amigos que
levanten la copa mirándote con afecto.
Solitario en un cuarto prohibido, solitario
en el cubículo de un prisionero
frente a los jueces y solitario para decidir
frente a ti mismo y frente al juicio
de los otros. Al final, la libertad es una
sentencia, por eso es tan pesada de
cargar, especialmente cuando tienes
fiebre, estás desamparado o no amas a
nadie.*

Albert Camus, *La Caída*

Marioco y Leo llevan prisa. Leo se nota nervioso, es su primera salida.

–Si hoy te portás a la altura mano, dalo por hecho, sos parte de la mara. Es más, como sos mi hermano, hasta mando te doy.

Leo viste una camiseta sin mangas para exhibir los tatuajes en sus dos hombros: dos máscaras con la cara de la luna. También lleva el cinturón que le regaló su madre con su signo del zodiaco y el collar con la pieza de metal cuadrada con la insignia de la mara “Luz y Ley”.

Mira con admiración a su hermano mayor que hasta el día de hoy ha ocupado el lugar de su padre ausente.

–Eso sí, si calculás que te vas a ahuevar, mejor te quedás con mi mamá haciéndole los mandados, como que fueras marica.

Para darse valor, Leo toca la pistola que lleva escondida en la pequeña mochila que cuelga de su hombro. Fue el regalo que su hermano le hizo cuando cumplió catorce años.

—A mi mamá la ayudo por respeto, pero vos ni te preocupés, yo echo verga parejo. Marioco lo mira con enojo y ríe con sarcasmo.

—Dejate de valentonadas. Has estado pegado a las faldas de mi mamá desde chiquito. Sólo acordate: si me fallás te meto un plumazo, cabrón. Esto es asunto de hombres. En la sexta vamos a juntarnos con los otros muchachos.

María Elena sale a la calle. Cuida su bolso, apretándolo bajo el brazo. Hoy le pagaron. Mientras camina para tomar la camioneta, va mirando las vitrinas llenas de objetos que no puede comprar. Los pájaros cantan sobre la avenida La Reforma, igual que cada atardecer. La parada del bus está atiborrada. Ésta es la hora de salida del trabajo: secretarias, empleados de oficina, mensajeros. Todos hacen un esfuerzo para verse tan arreglados como lo exigen sus trabajos ciudadanos. Trajes mal cortados, camisas gastadas y zapatos de tacones torcidos son inofensivos estigmas que traicionan las apariencias.

A esta hora, los esfuerzos para maquillar su pobreza y entrar en el ritmo de una ciudad que se mueve a fuerza de imágenes de éxito, parecen desplomarse. Las

aglomeraciones de la turba que batalla para alcanzar espacio en un bus desvencijado, distorsionan la atmósfera sofisticada de los edificios de vidrio.

El bus se detiene en la parada, repleto como siempre. María Elena entra con dificultad y busca algún espacio en la parte de atrás, cerca del agujero que dejó la puerta trasera, cuando meses atrás se cayó. Cerca de ella, un hombre con pelo muy sucio escucha el radio, apoyándose en él, contra la ventana.

En la siguiente parada, mucha gente baja. Varios muchachos jóvenes se suben. Sus tatuajes y la insolente expresión de su rostro son la seña: pertenecen a una pandilla. En el interior del bus, la gente se pone nerviosa. Tratan de permanecer tan indiferentes como pueden. A María Elena la recorre un escalofrío que le advierte que algo malo va a pasar. Intenta bajarse, pero es demasiado tarde, el muchacho más joven ha puesto la pistola en la cabeza del chofer y lo obliga a continuar la marcha.

—Vamos a dar un paseíto... pedazos de mierda, dice Marioco con una voz áspera.

El pandillero recorre con su mirada opaca a la gente aterrorizada y les dispensa una sonrisa malévola. Los

otros dos muchachos exigen las joyas de bagatela, celulares y dinero de los pasajeros. Los zapatos tenis de un jovencito llaman la atención de uno de los pandilleros. Le pega con la pistola en la cabeza y un hilo de sangre atraviesa su rostro.

—Mirá bueno para nada, escupe Giovanni sobre el rostro asustado de un jovencito, te me vas a quitar los zapatos rapidito y me los estás entregando ya. Sos muy feo. Estos rieles son demasiado buenos para vos. Sus palabras van acompañadas de una risa burlona. La parada siguiente se acerca. María Elena mira ansiosamente hacia la puerta abierta justo a su derecha. Marioco, dirigiéndose a Leo grita:

—¡Hey, Leo! Mirá que el chofer hijo de puta pare, hay dos hembritas, esperando para ir de paseo con nosotros. Leo un poco intimidado, acerca el cañón de la pistola a la cabeza del chofer. Exagerando el tono grosero se dirige al chofer del bus:

—Ya oíste vos, cerote, pará el bus. El bus se detiene. Giovanni va acercándose peligrosamente a María Elena en la parte trasera. Ella se paraliza de miedo y trata de esconder su bolsa sentándose encima de ella. Con agonía

escucha los silbidos y flirteos obscenos con los que los mareros reciben a las muchachas. Ellas se cubren el rostro con sus cabellos, riéndose con angustia, vestidas con sus faldas cortas y sus piernas gordas.

El bus empieza a marchar dubitativo, pero pronto sube la velocidad cuando Leo presiona de nuevo la pistola en la cabeza del chofer. Marioco mira viciosamente a las mujeres que acaban de entrar, lamiendo con la lengua su labio inferior.

—Putá, vos Giovanni, dice Marioco, vení paracá, vos hueco. Mirá qué buenas están las putas recalientes que tenemos aquí.

Giovanni continúa interesado en robar lo más posible a la gente de atrás.

—Esperate, vos... todavía hay mucha lana aquí atrás, habla abstraído por la codicia del botín.

Marioco le apunta con la pistola desde la parte de enfrente del bus. Un bosque de cabezas se alza entre los dos. La gente se estremece.

Giovanni, sumiso y obediente, replica:

—No te pongás grueso vos... Si ya voy, hombre, masculla mientras acude al llamado de su jefe.

Marioco toma a una de las muchachas y la acerca al pecho del otro delincuente. La muchacha se estremece entre Marioco y Giovanni.

Marioco hace movimientos sexuales por la parte de enfrente.

–Subile la falda... ¿usa tanga, vos?, Marioco pronuncia estas palabras con marcada lascivia. Giovanni la toca por detrás. La muchacha cierra los ojos y las lágrimas le corren por el rostro.

–Sí... ya se me está parando.

–Y ¿qué esperas, pues?... cogétela por detrás,

Marioco ríe con ganas. El bus se acerca a la próxima parada. Marioco camina hacia la parte trasera. Los sollozos de la muchacha que es ultrajada imponen un silencio escalofriante a los pasajeros. La mano de Leo, espantado por la violación que presencia, tiembla. El chofer del bus, avasallado por el temor,

apenas logra mantener el control del timón. María Elena ve acercarse la parada. Los segundos parecen eternos. Los frenos lanzan un ruido estridente que parece que llegará a la eternidad. Como si fuera un sueño, María Elena se da cuenta que el bus no se mueve. Entonces, no piensa, hace el intento de saltar por la puerta trasera,

pero sobre ella cae Marioco como una pantera. Con un miedo animal, María Elena lo muerde. Marioco la abofetea y con su fuerza la domina. La lleva hasta la parte de enfrente en el bus.

—Esta hija de puta se quería pasar de lista. De aquí no sale nadie cerotes. Yo mando, aunque les caiga en la verga. El bus prosigue la marcha. Marioco agarra a su hermano del cuello y lo empuja sobre María Elena.

—A ver, hermanito, ahora te toca el bautizo. Demostrá que sos tan deahuevo... ahora sí, llenate la boca con eso que sos tan macho: cogete a esta cerota para quitarle las ganas. Leo está sudando. Sus ojos se cruzan con los de María Elena. El rostro de una señora desdentada lo afronta. Sus labios arrugados murmuran sin voz. Mueve la cabeza en señal de desaprobación.

Leo toma una decisión. Se voltea contra su hermano, le apunta y sin pensarlo, dispara. La bala le atraviesa la pierna y Marioco cae al suelo, soltando el arma. La mano de Leo arrebató el volante del bus al chofer, toma control de su dirección y con un viraje violento, lo estrella contra un árbol. Los otros pandilleros saltan asustados y salen corriendo, intentando no ser atrapados en las calles. Leo apunta con la pistola a Marioco que yace en el suelo.

–Agradécele a mi vieja que no te mato, dice Leo mirando fijamente a su hermano. Pero eso sí, te advierto, yo tomo las decisiones a partir del día de hoy.

Testosterónicos

Luis Alejos



Lorena encuentra un ejemplar viejo de Cool-o (versión centroamericana), una publicación que ha sido elogiado como “la mezcla ideal entre Penthouse, GQ y Conozca Más”. Voltea la página 45 y, luego de admirar el exquisito portafolio de London Andrews (modelo principal de esta edición), fija su mirada en el titular “Tengo pene y no me da miedo utilizarlo”, Siete micro relatos testosterónicos. Lorena levanta las cejas pero sigue leyendo.

1

El poeta sudamericano tiene relaciones sexo-genitales con la bailarina guatemalteca, en la vía pública. No sería de sorprenderse que le haya “inyectado de leche las encías”, como –según afirma él, en medio de tragos– es su estilo. Les pregunto, amigos, ¿qué sería más satisfactorio, desde la perspectiva masculina: acabarle en la boca, o volvernos expresionistas con su rostro, salpicarla toda?

2

“Yo te escupo, no me importa quién esté presente. Luego, compraría una página entera en el periódico para contar la mamada que me hiciste”. William Jacobo Díaz no deja escapar duda cuando le dice a su novia lo que sucedería, si a ella “se le ocurriera” serle infiel. “¿Desea algo más de tomar?”, interrumpe el mesero.

3

“God sometimes you just don’t come through, do you need a woman to look after you?”, pregunta la sensual, cálida, voz de Tori Amos. El publicista se recorta la barba y llora, viéndose al espejo. Su novia tuvo otro aborto espontáneo.

4

Anotación # 4678 en el diccionario *sexurbano*: *Strag on*: palabra compuesta, producto de la unión entre *strap on* -consolador atado a un cincho, por lo general acompañado de una tanga; popular entre lesbianas- y *gag*, reflejo vomitivo, causado ante la presencia de alimento, pene u otro implemento en el esófago. El *strag*

on, por consiguiente, es el reflejo vomitivo ante la presencia de un dildo en la boca de alguien. Lydia, dominatriz y ama de casa, goza con el strag on que le causa a Johnny, su esposo y diputado por el distrito central.

5

El padre de Will lo abandona otra vez. El joven trata de enmascarar su dolor. “To hell with him!”. No hay nada que él puede enseñarle sobre cómo amar a sus hijos.

6

Los homosexuales y los “bi-curiosos” se encuentran en la casa cerrada. La pornografía gay —que proyectan— incluye tipos barbudos, “osos”, y machos musculosos, transexuales, y videos tomados de cámaras escondidas. Claudia Bolaños es dueña del club sexual donde trabaja su sobrino mayor, Charly, como mesero y, a menudo, encargado de seguridad. “A veces, los chavos se emocionan mucho, y no saben reconocer los límites del cuerpo”, dice el sobrino. “Por ejemplo”, continúa, “hace 2 días, varios gringos se turnaban a un coreano enorme,

sin darse cuenta que el pobre estaba desmayado. Me tocó intervenir, y apartarle la boca y el culo de esas vergotas”. Claudia Bolaños a menudo entra a las habitaciones, mientras los clientes “se ocupan”, y se le hace agua la vulva.

7

Leonor Watling me besa en la boca, Despierto. Estoy solo, y “Hold me tight” suena otra vez (presioné repeat.... es que, me encanta esa canción).

“No están mal”, piensa Lorena, mientras deja el número de Cool-o en la mesa de mármol. Recibe un mensaje de texto: ESTAS SEGURA? NO NECESITO A NADIE MAS. Apaga el teléfono. Presa de un raro impulso, decide no esperar los resultados de su biopsia, y se va de la clínica. Acepta la invitación de su vecina –fanática engazada de la selección– para ir con ella al estadio. Se deja tocar por pantalones apretados y sudorosos, manos obreras (*mucas*) mientras la afición ocupa su lugar en la Tribuna.

Chichibé



Claudia Navas



Shampoo de Chichibe

*El chichibé **macho** (**Sida** rhombifolia L.) también es conocido con el nombre de **escobillo**. Es un aplanada de la familia de las **Malváceas** que tiene múltiples usos (sirve para curar **calentura**...)*

Usos: Ayuda en el crecimiento del cabello, le da brillo y previene la caída del pelo.

Ingredientes: Texapón como base, chichibé, colorante natural y esencia de perfume natural.

Producto elaborado en San José Petén, Guatemala.

Mirá como terminaste, mirá cual fue tu final, curioso,
no.

No lo imaginabas, ah que no, ni lo pensaste siquiera.

¿Cómo?

Vos...

Pero ya ves las cosas pasan, quién lo diría

tanta labia y tan fisiquín

casaquero como dicen

ibas y venias

hacías y deshacías.

Alevoso, manotero

palillo en los dientes después de comer

resacas jodidas curadas con otro octavo

ganas saciadas en el momento justo y con quien se te
antojara.

Pero ya ves, ¡nada es para siempre!

Siempre aparece la horma del zapato

Y la encontraste,

y te jodió

Enfrascadito, diluído
escurrido, gangoso así *acabastes*
hecho shampoo.
Aunque quien quita y no la *hicistes*
Vaciado en cabezas, te corres a los cuerpos
entre las chiches, entre los sexos...
y ahí seguís cual jaboncito
libidinoso, escurridizo como eras antes
Sin respetar, entrometido en lo más profundo,
acariciando...
Hasta desaguar.

Marín



Pablo Bromo



Al hueco del Marín, todos lo conocíamos como el *Hulk Hogan* de Guate.

Ese pisado sí que sabía dar una llave con fineza de mierda y romperle el culo a cualquier hijo de puta que se le pusiera enfrente. La penúltima vez que lo vi, le firmaba autógrafos con la mano izquierda a un chingo de güiros porque con la derecha no podía firmar ni mierda porque le habían tirado una silla encima del antebrazo izquierdo y encima el Suazineiger de mierda, le tiró un chingo de sillas dobladas y al Marín también la mano le dolía, le dolía, le dolía. Y un chingo.

Al final, el muy bruto del Marín intentó después tirarle un fierro al Suazineiger pero aquel le respondió con un pijazo que nunca nadie olvida; es un clásico ésa mierda. La mano le temblaba, le temblaba y el cuerpo le temblaba, hasta la pija le temblaba al pobre Marín por pendejo. Aún tengo presente cuando intentó pararse para romperle el cuello al otro compadre; pero lo más triste es que cuando intentó pararse, se rompió el cuello

él mismo. ¡Ala verga, fue el “acabose” de la lucha libre acá! Pobre mi compadre. Nunca pudo desquitarse de ésa mierda tan mierda y tan de vida, pero tan mierda que es la venganza de un pijazo “mal parido”.

Aquel ahora cuida carros en una cuadra del cuatro grados pero también cuida güiros en un orfanato de la zona cinco y cuando le preguntan por el Hulk, él gime y solloza. En su soledad llora, palidece.

La vida lo “troció” y cabal la última vez que lo vi, andaba queriéndose coger a dos huecos en la 4ª avenida. ¡¡Ala verga, pensé, éste luchador de pesos pesados queriéndole dar a un flaquito esqueleto más hueco que la mentira del pueblo!!

Hasta de rabia lloré, se los juro muchá.

Después me saqué la pija y me masturbé viendo hardcore en internet mientras pensaba en el Santo, Blue Demon y las Momias de Guanajuato. ¡¡Ulugrún!! Coger con momias, ¡qué macho!

Es el quiebre



Arnoldo Gálvez Suárez



Nada funciona, todo está quieto, en un movimiento que de tan perpetuo parece aire congelado en un celuloide italiano, dirían así los que saben, ¿a qué saben los que saben?: a queso camembert saben, con vino, con aromático cigarro, con hilos de tristeza tan largos como ríos (y como todo es igual de inútil, valga el barroco símil). Decía que este es el más sinvergüenza y perfecto fraude que han sufrido los amamantados del mundo, que caminan sobre sus dos piernas, con la espalda erguida, una mano en el sexo penetrante, o penetrable, y la otra, estremecida, en el paraguas: nada funciona. Parece que de cualquier forma nada se hizo con la intención de que funcionara, y eso está bien, pero que avisen. Pongo, por ejemplo, el caso de un señor con picazón en la entrepierna, que viaja dos asientos adelante en el mismo bus que yo, y naturalmente se rasca (con la naturalidad correspondiente a todo varón educado que conoce que su mano puesta en la entrepierna será interpretada como signo irrecusable de vertical hombría), pero la picazón

no cede, es una picazón profesional, obstinada, casi terrorista, y el señor, un verdadero campeador en la reconquista de la paz de su entrepierna, insiste en rascarse con la vesania propia de un predicador en tierra de infieles, parece haber sido ungido con la misma determinación con la que giran las galaxias o con la que los solteros justifican la masturbación, y que se entienda que el maridaje no es fortuito: este señor casi se masturba de tanto que se rasca, por lo cual es fácil deducir que experimenta cierto placer en medio del dolor que suponen sus uñas clavadas a través del pantalón, en la piel delicada de su ingle izquierda, y su desquicio, su desquicio de ciudadano con picazón, ha hecho que se le resbale hacia la frente el peluquín (o el bisoñé, que cada quien use el epíteto que le convenga), dibujándole unas nuevas cejas sobre los ojos, bastante más tupidas y obscenas que las originales y que son en verdad grotescas, muy grotescas, casi tan grotescas como imagino ha de ser su picazón. Pero él, un señor de bien ver, como sin duda lo es, apresura la otra mano, la que no rasca sino sostiene, como ya dije, el sexo, en este caso penetrante, y se compone, se ajusta el peluquín sobre su reluciente

calvicie, bastante atractiva diría yo, y se lo diría a él, me levantaría de mi asiento y le haría la sugerencia de salir la próxima vez de su casa libre del tapete peludo que le cubre la calvicie, *muy bonita señor, se lo digo en serio, yo mismo si tuviera una calvicie tan linda como la suya la luciría con orgullo*, se lo diría pero entonces este relato sería otro, uno de un tipo decididamente entrometido que le sugiere a otro que exhiba su calvicie, y no el que es: simplemente el relato de un señor que se rasca endemoniadamente la entrepierna y las consecuencias que esa iniciativa acarrea cuando se practica adentro de un bus que va de la municipalidad al obelisco, y que induce al narrador a comenzar su relato diciendo que nada funciona nunca y particularmente este lunes al medio día en el que, por el momento, lo único que se detiene es la mano del señor, la mano que rasca se detiene, y la expresión de quien se come un helado de chocolate un domingo por la tarde anida en su cara porque al fin, al fin la picazón cesa, aunque sea un cese momentáneo, una tregua de respiro: segundos más tarde la picazón reanuda la ofensiva vuelta un escozor insoportable, en una guerra que el señor combate con un fundamentalismo digno, no de mejor

causa, sino de peor consecuencia, porque su brazo, en un arrebato autónomo, en un afán de insurgencia separatista (de esos muchos que los miembros de nuestros cuerpo celebran a veces, hartos seguramente de la pertenencia esclavizante que los une, en este caso al brazo, con órganos que nada tienen que ver con él, como las amígdalas o el hígado) aprovecha la crisis de la picazón para manifestarse, sublevándose y yéndose directamente a estrellar en la nariz de la señora que viaja junto al hombre que se rasca, y el hombre que se rasca, en vez de disculparse como es debido, como debiera corresponder al propietario de un vistoso bisoné, vuelve a golpearla en la nariz pero ahora con la cabeza, y le sorprende que dos trabajos tan distintos, hagan que fluya casi la misma cantidad de sangre en cuerpos que no han tenido el gusto de ser presentados: por un lado, la sangre de la nariz rota de la señora y, por el otro, el de la ingle suya, que ha terminado también sangrando. Antes de terminar salpicado, y aquí el verbo reconcilia dos significados: el orgánico y el metafórico, salto por la puerta trasera del bus, todavía en movimiento, en primer lugar porque no me interesa atestiguar cómo acaba la

trifulca que comenzó acaso con un simple hongo inguinal, y, en segundo, porque, como el caldo de mariscos y las arias de Wagner, la sangre me provoca nausea. Lo cual me recuerda que nada funciona, dado que al aventarme fuera del bus caigo sobre mis rodillas y éstas, muy deseosas de recordarme que adentro mío no hay más que viscosidades, comienzan a sangrar.

El macho era bien macho



Juan Carlos Lemus



A su hembra le tronaba el hocico cuando ella no estaba:

–lista en la cama

–con la comida lista

–lista con la ropa lista.

Tenía amantes y era borracho. Las putas lo adoraban. Ante su presencia, cualquiera se sentía maricón. Como era mantenido, solía descansar en las esquinas, acariciándose su bigotón tieso de mugre, alardeando con él ante las damas que pasaban. Se acariciaba los huevos, escupía al suelo y estaba siempre dispuesto a revolcarse con cualquiera.

En tanto que él era macho, muy macho, veía con asco a los homosexuales y a todo aquel que se pronunciaba en favor de la igualdad de los derechos de las mujeres.

Conocía bien la diferencia: era de tamaño del cerebro: ellas de lagartija; ellos, de macho.

Por eso, cualquiera se preguntará qué hace, entonces, este macho dentro del cuerpo de esa mujer que participa en la marcha.

Y es que el macho muy macho vivía dentro del cuerpo de una procelosa feminista, intelectual, artista y hasta escritora. Así que el macho que había dentro de ella saltó cuando fue invitada a escribir un cuento breve sobre los machos. Tomó venganza: lo describió maricón y estúpido. Lo curioso fue que a algunos otros y otras participantes les ocurrió lo mismo: querían vengarse de quien los hacía sentirse hipócritas y homosexuales porque, ante él, ante su presencia, ya lo dije, cualquiera se sentía maricón. Así que algunos y algunas sacaron filo a su lápiz y esculpieron destrozos contra quien los y las habitaba.

Cuento de Juan Carlos Lemus.

*No participante del festival de cuentos sobre Machos promovido
con no sé qué propósito, por no sé quiénes.*

desde una hamaca
en un paraíso del trópico
en un lugar llamado Guatemala, o algo así
mientras algunos jugaban fut y otros tomaban
c e r v e z a
otros se ponían a escribir cuentos y otros a
subirlos a la red en mayo de 2009